



La moneda de Akragas

ANDREA CAMILLERI



Lectulandia

Tras un largo asedio, Akragas (actual Agrigento) se rinde a los cartagineses en el año 406 a. C. La ciudad es destruida. En 1909, es hallada en un campo de cultivo una pequeña moneda de oro valiosísima y única en el mundo. Presa de la emoción, el doctor Stefano Gibilaro, médico titular de Vigàta, se cae del caballo y se rompe la pierna. Así comienza una historia rocambolesca que se desarrolla entre los campos de Vigàta y la Mesina destruida por el terremoto de 1908. Sus giros inesperados, trágicos y cómicos, que Camilleri realiza con notable habilidad, nos llevarán a un imprevisible desenlace.

Lectulandia

Andrea Camilleri

La moneda de Akragas

ePub r1.0

maherran 19.10.2018

Título original: *La moneta di Akragas*
Andrea Camilleri, 2012
Traducción: Teresa Clavel
Diseño de cubierta: Rosa Lladó

Editor digital: maherran
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La moneda de Akragas

1. Casi un prefacio

2. El campesino y el médico

3. El terremoto

4. El accidente

5. La desaparición de Cosimo

6. El descubrimiento

7. La pista falsa

8. Peripecias de un arresto

9. Por fin

10. Periodistas y abogados

11. El deus ex machina

12. Como en un cuento

Nota

Bibliografía

Autor

1. Casi un prefacio

Tras un largo asedio, Akragas cayó en manos de los cartagineses poco antes del ocaso del día anterior al solsticio de invierno.

Según nuestro cálculo, en el año 406 a. de C. Un día gélido, aunque, pese a lo insólito del hecho, nadie sintió el intenso frío: ni los combatientes, inmersos en el ardor de la batalla, ni los civiles, abrasados por el miedo.

E inmediatamente después de que cesara toda resistencia, se desencadenó el saqueo, la devastación, la matanza, el exterminio.

Al mando de los cartagineses está Aníbal Giscón, nieto de Amílcar Gelón, anteriormente vencido por los akragantinos en Hímera. Una derrota fulminante. Aníbal pretende vengar dicha derrota aniquilando el poder de Akragas y masacrando a su población.

Ahora, las llamas que devoran el templo dedicado a Zeus Atabyrios, situado en la colina más alta, iluminan la ciudad; otras llamas altísimas trazan abajo, no muy lejos del mar, el cinturón sagrado de los siete grandes templos protectores. Akragas ha tenido que ceder, principalmente debido a la traición de los ochocientos mercenarios de la Campania que se han vendido al enemigo por quince talentos, uniéndose a los otros mercenarios también campanos que ya estaban a sueldo de los cartagineses, capitaneados por el muy hábil Himilcón.

En cambio, los otros mil quinientos mercenarios al servicio de Akragas, bajo las órdenes del espartano Deixipo, han luchado con tanto valor que los cartagineses han decidido recompensar su coraje con la muerte. La orden ha sido exterminarlos a todos, no capturar ni a un solo prisionero.

Kalebas ha logrado escapar a la masacre, ni siquiera sabe cómo, fingiendo estar muerto y permaneciendo horas inmóvil bajo un enorme montón de cadáveres, arriesgándose incluso a morir ahogado en la sangre de sus compañeros degollados.

Luego, la ciega furia cartaginesa se ha desplazado para asaltar el templo de Proserpina, que los hombres de Akragas continúan defendiendo hasta la muerte, pues allí dentro se han refugiado cientos de vírgenes y jóvenes esposas que confían en vano en escapar a las brutales violaciones.

Kalebas sabe que a pocos pasos se encuentra uno de los accesos secretos que conducen a los hipogeos. Allí ha montado guardia varias veces, ya que Deixipo temía que algún traidor pudiera contaminar las gigantescas balsas subterráneas de agua potable y así poner fin al asedio.

Uno de esos días, por curiosidad, decidió entrar. Corrió un riesgo enorme, no sólo porque los adeptos son los únicos que están autorizados a acceder a los hipogeos, y las penas para los infractores son severísimas, sino también porque la red de pasadizos que conduce a las balsas se extiende hasta el otro lado de las murallas de la

ciudad; de hecho, cuentan que algunos incautos que se han adentrado en dicho dédalo no han regresado jamás, perdidos en el ciego laberinto. Aquel día, Kalebas llegó hasta la balsa central, pero no se atrevió a ir más allá.

La entrada secreta es una abertura, de tamaño equivalente al torso de un hombre y de forma similar a una ventana alargada y provista de gruesos barrotes de hierro, al otro lado de la cual no hay más que oscuridad. Agarrando los barrotes con ambas manos y presionándolos con fuerza hacia abajo, ceden todos a la vez, y pueden colocarse de nuevo en su sitio desde el interior.

Kalebas, por seguridad, espera un poco más. Por fin, intenta moverse, pero no lo consigue, su cuerpo está entumecido a causa de las largas horas de permanecer inmóvil. Le duelen las extremidades. Sin embargo, debe reaccionar, cada minuto que pasa así su situación empeora. Apoyándose en las manos, logra arquear ligeramente la espalda. El peso de los cadáveres que tiene encima no le permite mucho más. Pero, a medida que comienza a moverse, siente cómo renace la fuerza en su interior, igual que la mortecina luz de una lámpara a la que se le añade aceite.

Una hora después ha conseguido emerger del montón de cuerpos y, a la luz de una casa cercana en llamas, se ha despojado de la ropa, tiesa a causa de la sangre seca, y se ha apropiado de la toga y las sandalias de un akragantino que yace con la cabeza partida. De sus pertenencias ha tomado sólo la daga con el cinturón, la cantimplora y la bolsa con las valiosas monedas de oro que constituyen la paga por un largo periodo de trabajo, alrededor de ocho de lo que hoy llamamos meses.

Son monedas acuñadas expresamente para este fin: en una cara hay un águila con las alas abiertas y una liebre; en la otra, un cangrejo y un pez. Cada una pesa 1,74 gramos de oro y equivale a seis días de paga, incluida la ración diaria de grano, porque en los últimos meses en Akragas ha sido más fácil encontrar oro para fundir que trigo. La bolsa de Kalebas contiene treinta y ocho de estas monedas. En ocho meses de asedio apenas ha gastado dos en vino y prostitutas. Con el enemigo a las puertas de la ciudad, queda poco tiempo para el ocio y la diversión.

Ahora, Kalebas se encuentra dentro del pasadizo, ya ha vuelto a poner los barrotes en su sitio. Camina encorvado en la oscuridad, tiene que dar veinte pasos en línea recta, girar a la derecha y avanzar cinco pasos más; luego doblar a la izquierda y seguir adelante. Pero entonces ya no es un pasadizo, sino un corredor bastante alto que hace un poco de pendiente hacia abajo y está excavado en la piedra e iluminado a trechos por antorchas colgadas en la pared.

A trescientos pasos hay una balsa pequeña, como una piscina, que se utiliza para depurar el agua. Deja en el suelo la toga, las sandalias, la daga, la bolsa y la cantimplora, y se sumerge. El agua está fresquísima, le produce un alivio inmediato. Se lava cuidadosamente, hasta comprobar que el menor rastro de sangre ha desaparecido. Luego se viste de nuevo. Se secará andando; le queda un largo camino por delante.

Si pudiera ver un trocito de cielo sería mejor, desde luego. Durante sus diez años de mercenario ha aprendido muchas cosas importantes para salvar el pellejo, entre ellas, cómo orientarse mirando los astros.

Pero no está asustado en absoluto, tiene la certeza irracional de que, de algún modo, conseguirá encontrar el camino correcto para salir de aquel laberinto.

Cuando llega a cierto punto, se da cuenta de que ha dejado atrás la última antorcha. A oscuras podría perderse. Vuelve sobre sus pasos, coge la antorcha colgada en la pared y reanuda el camino.

Ahora se ve obligado a avanzar encorvado hasta doblar la cintura, y está exhausto. Pero no quiere detenerse; tiene la impresión de que, si se sienta en el suelo para descansar unos minutos, caerá vencido por el agotamiento. Frente a él corretean ratas del tamaño de un gato, y a menudo roza con la frente murciélagos que cuelgan dormidos de la bóveda. De pronto, el pasadizo se bifurca. Kalebas sabe que debe tomar una decisión de la que dependerá su vida. Debe hacer una elección que no admite errores. Cierra los ojos e invoca ese instinto animal que tantas veces lo ha salvado. Nada, de su interior no le llega ninguna señal; es preciso confiar en el azar. Abre los ojos y toma el pasadizo de la izquierda.

Después de unos veinte pasos, se percata de que algo no va bien, pero no sabe qué es. Se detiene, reflexiona. Una rata le roza las piernas. Claro, ya lo sabe. En ese pasadizo no hay murciélagos. ¿Qué puede significar eso? Continúa pensando y acaba por encontrar la única respuesta posible: el pasadizo que ha empezado a recorrer conduce de nuevo a las galerías internas, las que desembocan en el corazón del sistema hídrico, y no a uno de los numerosos accesos secretos. Para salir al exterior desde allí, los murciélagos tendrían que realizar un vuelo demasiado largo. Retrocede y toma el pasadizo de la derecha. A medida que avanza, observa que los murciélagos colgantes son cada vez más numerosos.

Después de haber caminado una eternidad, nota que está respirando un aire distinto. El denso olor a cerrado, a moho, ha desaparecido casi por completo, y ha sido sustituido por un ligero y lejano aroma a tierra y hierba mojadas. Kalebas dilata todo cuanto puede las fosas nasales e inspira profundamente. No, no se equivoca.

Acelera el paso y, al poco, allí está, delante de él, la tan deseada salida, oculta en el exterior por abundantes matorrales. ¡Lo ha conseguido! Emplea las fuerzas que le quedan para abrirse paso entre las ramas con ayuda de la daga, y sale al exterior.

No tarda mucho en darse cuenta de que ha ido a parar al otro lado de las murallas. Se halla sobre el saliente de una colina, una especie de colmillo o, más bien, un espolón. La noche es luminosa, pero no tanto como para permitir un descenso seguro. Es preferible esperar a que amanezca. Al fin y al cabo, ya nadie lo sigue. Mira las estrellas para orientarse. Ahora sabe el camino que debe tomar para llegar al emporio del litoral y mezclarse entre los mercaderes. Faltan unas tres horas para que amanezca. Ahora finalmente puede descansar. Pero no es posible dormir al aire libre,

hace demasiado frío. Vuelve a entrar en el pasadizo. Se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y se quita las sandalias, que le hacen daño. Se duerme.

Lo despierta la primera luz que se filtra a través de la espesura vegetal. Debe ponerse enseguida en marcha. Se levanta, pero decide no calzarse las sandalias porque todavía le duelen los pies. Para salir del pasadizo, alarga los brazos a fin de apartar las ramas y avanza con el pie izquierdo.

Y de pronto siente una punzada atroz en la planta del pie. Sin duda ha sido una mordedura. Pero ¿de qué?

Sentado en el suelo, al aire libre, consigue examinar la herida. Ha sido una víbora lo que le ha mordido; reconoce de inmediato la marca característica que le han dejado los dientes: un dibujo formado por tres puntitos. Sabe que las mordeduras de víbora no son nada frecuentes en los meses invernales, pero que sus efectos son casi siempre letales. Kalebas no se desanima, es un hombre valiente. Ciñe el cinturón de la daga alrededor de la pierna, un poco por encima de la rodilla, y lo estrecha cuanto puede; luego, con la daga, practica una profunda incisión en cada uno de los tres minúsculos puntos y deja que la sangre corra a raudales. Al cabo de un rato, rasga un pedazo de toga y se venda la herida. Vayan como vayan las cosas, lo que es seguro es que por el momento no puede moverse de allí.

Kalebas muere después de tres días de agonía. En su delirio, lo último que hace es ponerse en pie, abrir la bolsa que contiene las monedas de oro y arrojarlas a lo lejos.

Luego se precipita desde el espolón.

2. El campesino y el médico

El médico titular de Vigàta, el doctor Stefano Gibilaro, abre los ojos a las cuatro de la mañana. Como siempre, se despereza y baja de la cama con cautela para no despertar a su esposa, 'Ndonò. Aunque lo más seguro es que a su mujer no la despierten ni unos cañonazos; en cualquier caso, más vale no hacer la prueba.

Sin entretenerse, se dirige a la cocina para tomarse el café que le hicieron la noche anterior y que se mantiene caliente dentro de una cafetera especial de cerámica con un soporte que contiene una mariposa encendida.

Ese día, 20 de diciembre de 1909, cumple cincuenta años, pero para él es un día de trabajo como cualquier otro. Mejor dicho, la única diferencia consistirá en que no va a poder retrasarse, como le ocurre a menudo, sino que tendrá que llegar puntual a la comida, pues por la mañana vendrá de Palermo, donde estudia medicina, Michele, su hijo único, para celebrar el cumpleaños de su padre. Traerá los seis indefectibles *cannoli* de la premiada pastelería suizo-palermítana que le provocarán acidez.

Abre la ventana del baño. La noche es estrellada, pero gélida. Se mira en el espejo. Y, quizá por primera vez en su vida, se concede un momento de vanidad. En fin, para ser un cincuentón, no está nada mal. Incluso podría quitarse unos añitos. Además, como buen médico que es, sabe que todos sus órganos internos están en condiciones, sin achaques. Se recorta las puntas del bigote con unas tijeritas.

El sexagenario Cosimo Cammarota se despierta también a las cuatro. Tarda cinco minutos en lavarse en el pozo, fuera de la casucha donde vive solo, ya que su mujer, Nunziata, murió hace quince años, su hijo, Pietrino, está en la cárcel por homicidio y su hija, Rosalia, trabaja de criada en casa de los señores Scozzari. Luego, una vez que ha preparado un hatillo con media hogaza de pan y un huevo duro y ha cogido el azadón, se dirige renqueando hacia la bifurcación de Commarela, donde lo está esperando 'Ntonio Prestia con la mula.

Renquea porque, hace veinte años, mientras cavaba en las tierras del marqués Laurentano, tuvo un vahído a causa del exceso de sol y se dio un golpe tan fuerte en la pierna izquierda con el azadón que por poco se la rebana.

Para detener la hemorragia cubrió la herida con la piel de una serpiente que había hecho la muda y a continuación se vendó la pierna con un trozo de camisa. Al cabo de una semana, la pierna no sólo no se había curado, sino que la tenía amoratada y más hinchada que una gran barra de pan. Y no podía moverse de la cama.

Entonces mandó a su hijo, que a la sazón aún no había cometido el homicidio, a buscar al médico titular, el *dottori* Gaspano Giuffrida, demasiado viejo ya, el pobrecillo, para andar recorriendo los campos y curando enfermos. En cuanto destapó la herida y la vio, el *dottori* Giuffrida comenzó a vociferar diciendo que la pierna se había gangrenado y ya no había remedio, que había que amputar de inmediato.

—¿Qué quiere decir amputar? —preguntó Cosimo.

—Quiere decir cortártela hasta la rodilla —respondió el *dottori*.

Y se fue tras haberle dado cita para la mañana siguiente en su consultorio médico a fin de practicar la operación.

Pero un campesino sin una pierna ya no es un campesino; es un árbol sin raíces. Con la diferencia de que con un árbol seco al menos se puede hacer leña para quemar, mientras que un campesino sin una pierna es algo inútil, no sirve para nada. No vale ni para hacer abono.

Primero pensó en tirarse al pozo y morir ahogado, pero luego se acordó de que en el pueblo había otro médico que andaba por los treinta años y se llamaba Stefano Gibilaro.

Esa misma tarde, después de haber pedido prestado el burro a un vecino, mandó que fueran a buscarlo. En conclusión, el caso es que el doctor Gibilaro no sólo no le cortó la pierna, sino que se la curó en un mes, aunque le quedó un poco tiesa. Y al final ni siquiera quiso cobrarle.

Después de una hora y media a caballo, el doctor sale de la vereda y se adentra en un camino de cabras, al final del cual hay una pequeña casa de labranza, la de los Cusumano.

Debe ir a visitar a una mujer de unos cuarenta años, Amalia, madre soltera de tres hijas que viven en el pueblo ejerciendo el oficio más antiguo del mundo. Pero son hijas devotas y afectuosas, de modo que hacen turnos semanales para cuidar a su madre, que se ha quedado reducida a un esqueleto. La enfermedad la ha devorado.

Agata, la hija menor, de dieciocho años, está prácticamente desnuda en la era, lavándose con el agua de una palangana. Al ver al doctor, le sonrío.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta éste.

—Peor que de costumbre. Se ha pasado la noche quejándose del dolor.

El doctor Gibilaro entra en la casa. Agata lo sigue tal como está, en bragas y con el pecho al aire. Cuando Amalia ve al doctor inclinándose sobre la cama, lo reconoce y lo agarra de un brazo.

—¡Ponme la inyección! —le suplica con un hilo de voz.

El doctor se aparta, abre el maletín que ha dejado sobre la mesa y prepara la jeringuilla para la morfina. Una dosis abundante. Total...

Agata lo acompaña fuera. Cuando el doctor se dispone a montar sobre el caballo, la chica le coge una mano y se la besa.

—Gracias... —dice, y añade, poniendo la mano del doctor sobre su pecho desnudo—: Si usía quiere...

El doctor no responde. Le sonrío, monta y se va.

Desde la bifurcación de Commarela hasta *contrada* Sperone, Cosimo y 'Ntonio han tardado dos horas a paso de mula. Ese terreno se llama así porque se encuentra justo

debajo de una especie de espolón que sobresale de la montaña del Cassaro, la cual marca el confín entre el término de Vigàta y el de Agrigento, que tiempo atrás, en la época de los griegos, fue una gran ciudad y se llamaba Akragas.

Las tierras forman parte del latifundio del barón Loduca y las atraviesa una vereda que conduce a dos casas de campesinos. Más allá, todo es territorio agrigentino. Apenas cinco minutos después, aparece Ernesto. Es un hombre de unos cuarenta años que ríe por cualquier motivo, hasta porque una mosca se le pose en la nariz.

La cuadrilla está al completo, ya pueden empezar a cavar. En una semana que llevan trabajando no han hecho casi nada. La tierra no ha sido cultivada desde hace años y años; vaya usted a saber por qué se le habrá antojado al barón hacerlo ahora.

Los terrones son tan duros que el azadón sólo traspasa la superficie, donde la tierra ha sido humedecida por el agua del cielo, mientras que un poco más abajo está seca y compacta; parece piedra. Para conseguir algo hay que partirse el espinazo.

Al cabo de una hora, Cosimo se encuentra con un terrón demasiado grande, tanto que decide partirlo en dos con un golpe de azadón. Lo hace, y, cuando el terrón se abre, entrevé en medio como un centelleo producido por el sol, ya alto.

Se agacha y coge la cosa brillante.

Es una moneda muy pequeña y, por lo poco que se ve, parece de oro. Pero la mayor parte está cubierta de tierra incrustada que se ha vuelto casi tan dura como el metal. Se la mete en el bolsillo sin decirles nada a 'Ntonio y Ernesto, y continúa cavando.

Un cuarto de hora después, deja el azadón y, sujetándose la barriga con una mano, echa a correr hasta detrás de un gran arbusto.

—¿Qué te pasa? —le pregunta 'Ntonio.

—Me ha entrado cagalera.

Y mientras hace sus necesidades, limpia la moneda escupiendo encima y restregándola con la tela de la camisa. Después vuelve al trabajo.

Pero apenas diez minutos más tarde se va otra vez detrás del arbusto.

—¡Compadres, esto va malamente!

—¡Ponte un tapón! —le grita riendo Ernesto.

La moneda está por fin reluciente. Se la regalará al *dottori* Gibilaro, pues siempre está diciéndoles a los campesinos que si al cavar encuentran entre la tierra monedas antiguas, él está interesado en comprarlas y dispuesto a pagar bien. Tiene ya montones de monedas de ésas, el *dottori*, de los tiempos de los griegos, de los romanos, de los españoles, de los franceses, de los borbones..., pero quiere más, nunca le parecen bastantes. En cualquier caso, él no le pedirá ni un céntimo a cambio, se la dará en pago por no haberle cortado la pierna en aquella ocasión.

El doctor Gibilaro debe visitar al último paciente, Tallarita, que vive en una casa situada precisamente en el confín entre Vigàta y Agrigento, en *contrada* Sperone.

Mira el reloj. Sí, conseguirá llegar a casa a la hora de comer, no tendrá que discutir con 'Ndonò.

La visita a Simone Tallarita, que es una especie de coleccionista de enfermedades, desde la bronquitis crónica hasta la malaria, pasando por la cirrosis y la flebitis, dura media hora. Luego toma por fin la vereda que atraviesa un tramo del latifundio del barón Loduca. Es el camino más corto para volver a Vigàta.

Al poco ve que hay tres campesinos cavando. Los campesinos, que también lo han visto a él, dejan de trabajar y salen corriendo para ponerse en fila al borde de la vereda, como si él tuviera que pasarles revista. Cuando llega a su altura, los tres se quitan la gorra.

—Le besamos la mano.

—Buenos días —dice el doctor, pasando de largo. Pero una voz lo detiene.

—¡*Dottori*, espere!

El doctor Gibilaro detiene el caballo, se vuelve, reconoce al hombre que ha hablado. Es Cosimo Cammarota, un campesino al que muchos años atrás le salvó una pierna.

Cosimo se acerca, sonriente. Sus dos compañeros, curiosos, lo siguen.

—¿Qué pasa? —pregunta el doctor.

No quisiera perder tiempo, tiene los minutos contados.

—Tengo una cosa que quiero regalarle —dice Cosimo, y se mete una mano en el bolsillo.

3. El terremoto

Dos mil trescientos catorce años después de la destrucción de Akragas, otra ciudad siciliana es arrasada hasta los cimientos. Pero esta vez es debido a causas naturales. Mesina empieza a morir a las cinco y veinte de la mañana del 28 de diciembre de 1908. Su agonía dura treinta y dos eternos segundos; el golpe de gracia se lo asesta una ola gigantesca, un tsunami, como se dice en nuestros días, que barre el puerto y las calles cercanas al mar. Después se sabrá que ha sido el terremoto más devastador que se haya producido jamás en Italia, muchísimo peor que el que dos años antes había arrasado San Francisco. El epicentro será localizado en el mar, entre Mesina y Regio de Calabria; de hecho, esta ciudad también sufrió daños gravísimos y considerables pérdidas humanas. Al final, los muertos que habrán podido contabilizarse ascenderán casi a ciento veinte mil.

Pero habrían podido perecer bastantes más personas si la flota rusa del Báltico, que en aquellos días navegaba por el Mediterráneo en un crucero de adiestramiento de los cadetes de la Marina, no se hubiera encontrado, en el momento del seísmo, fondeada en aguas de Augusta.

El almirante Litvinov, comandante de la flota formada por los acorazados *Slava* y *Cesarevich*, los cruceros *Makarov* y *Bogatyr*, y los cañoneros *Giljak* y *Koreech*, solicita inmediatamente autorización a sus superiores en Rusia para dirigirse al lugar del desastre con objeto de prestar su ayuda. En aquellos años, las relaciones entre Italia y Rusia son excepcionales: Víctor Manuel, escoltado por la flota italiana, ha ido a visitar al zar; el zar ha expresado su deseo de ver los experimentos que Marconi está realizando a bordo del crucero *Carlo Alberto*. Los dos soberanos se hallan unidos, además, por el amor a la numismática. El zar se ha apresurado a corresponder viajando a Italia. Buques de guerra rusos e italianos suelen intercambiar también visitas de cortesía. La respuesta positiva le llega a Litvinov a las veintiuna horas de ese mismo día.

Ordena de inmediato zarpar rumbo a Mesina, ciudad que conoce muy bien porque ya ha estado en otras ocasiones. Intuye los enormes estragos en vidas y enseres ante los que se encontrará en el momento del desembarco. Por eso, durante el trayecto que realiza a toda marcha, reúne en el puente de mando a los comandantes de todas las naves y organiza admirablemente las operaciones de socorro, distribuyendo a los tres mil hombres de que dispone en diversos grupos, a cada uno de los cuales le asigna una tarea precisa. Uno montará hospitales de campaña y curará a los heridos, otro transportará a los más graves a bordo, un tercero se ocupará de recoger a los heridos que no pueden moverse, un cuarto prestará asistencia y apoyo a los supervivientes...

Al mando del equipo médico estará el doctor Alexander Bunge, conocidísimo por las misiones polares en las que ha participado y por el valor demostrado durante el asedio de Port Arthur bajo los implacables bombardeos japoneses.

Pero Litvinov encomienda a un gran número de pequeños grupos una tarea especial: extraer a los sepultados vivos de debajo de los escombros. Esta tarea exige agilidad, rapidez de decisión y sentido práctico. Cada uno de los suboficiales que encabece estos últimos grupos, compuestos sólo por cuatro hombres, pero provistos de todo lo necesario —picos, palas, layas, cuerdas, garruchas y camillas—, contará con el asesoramiento de un cadete licenciado en ingeniería. Sus consejos podrán ser útiles.

Por último, Litvinov asigna a una decena de patrullas armadas, cada una formada por tres hombres, una misión ciertamente nada agradable: ejecutar a todos los depredadores que sean sorprendidos robando entre los escombros.

Así pues, cuando a las siete de la mañana del 29 de diciembre la flota llega ante los restos del puerto, y desde las naves, donde ondea la bandera con la cruz azul de la Marina zarista, las lanchas son bajadas al mar, cada uno de los tres mil marineros que hay hacinados en ellas sabe perfectamente lo que tendrá que hacer en cuanto ponga un pie en tierra.

Naturalmente, en breve acuden al lugar de la catástrofe otros efectivos de socorro, entre ellos los marineros y cadetes de algunos buques de guerra de la Marina inglesa. Y se quedan tan sorprendidos y admirados por la eficiencia de las tripulaciones zaristas que algunos cadetes ingleses se ponen a las órdenes de los suboficiales rusos que están al mando de las brigadillas de socorro, las cuales trabajan día y noche.

Los periodistas italianos y extranjeros dan una información sumamente elogiosa sobre estas brigadas de desenterradores. Y con razón, pues, cuando todo haya terminado, se calculará que cada brigada ha sacado de debajo de los escombros a una persona por hora.

El capitán de artillería Polukin, un verdadero hércules capaz de levantar él solo bloques de piedra y vigas, se convertirá en símbolo y leyenda de estos heroicos socorristas (que perderán tres hombres).

Innumerables son, en una tragedia tan colosal, las tragedias individuales.

Y entre éstas, una hace regresar al primer plano la moneda de Akragas. Carlo Demaria, abogado y director de una gran empresa de importación y exportación, es un hombre importante en la sociedad de Mesina. Está casado y tiene una hija de seis años, Caterina. Vive en una encantadora casita rodeada por un pequeño jardín. A las cinco y veinte de la mañana de aquel 28 de diciembre acaba de montar a lomos de su caballo para dirigirse a una localidad vecina, donde tiene que despachar un asunto. La violencia de la sacudida sísmica lo derriba y permanece un rato en el suelo, aturdido. Cuando se levanta, la casa es un montón de escombros. A su alrededor, el estruendo de construcciones viniéndose abajo es inmenso, y una niebla densa no permite distinguir nada. No es niebla, es el polvo que levantan los edificios al derrumbarse. Aun así, Carlo logra trepar hasta la cima del cúmulo de cascotes y, tumbado encima de éstos, llama a voz en cuello a su mujer y a su hija. Por fin, desde una distancia infinita, le llega la voz de la pequeña Caterina. Carlo pide ayuda a gritos, pero la

gente que pasa parece no oírlo, o vaga perdida, o corre tapándose los oídos. Empieza entonces a excavar con las manos. Tarda cuatro horas en comprender que él solo no resolverá nada. Decide, pues, ir al ayuntamiento. Pero el edificio ya no existe. En las proximidades, sin embargo, están el teniente de alcalde y algunos concejales. Finalmente consigue dos palas y la ayuda de un guardia.

Los dos hombres retiran escombros durante todo el día sin hacer progresos sustanciales. Al anochecer, el guardia, extenuado, se marcha. Con la fuerza de la desesperación, Carlo se pasa la noche trabajando. A la mañana siguiente divisa en el mar unos buques de guerra que se acercan. Reconoce las banderas: son naves de la Marina militar rusa. Abandona el trabajo y corre a casa de su fraternal amigo Savastano, que ostenta el cargo de cónsul de Rusia en Mesina. Quiere que lo acompañe para que lo recomiende a los efectivos de socorro. Se entera así de que seguramente Savastano ha muerto junto con toda su familia. Entonces se dirige de inmediato al puerto y, hablando en francés, se hace pasar por el cónsul ruso ante los marineros de la primera lancha, que acaba de llegar. Tiene suerte: en esa lancha hay una brigada de desenterradores. Tres horas después, los rusos salvan a la pequeña Caterina, que ni siquiera está herida; en cuanto a su madre, ya no hay nada que hacer. Pero a partir de ese momento Carlo Demaria tendrá que seguir fingiendo que es el cónsul ruso. Montan para él una tienda en la que ondea la bandera del zar.

A última hora de la tarde del mismo día del terremoto, el marqués Stefano Longhitano llena una maleta de dinero en efectivo, se mete unas joyas y un objeto de enorme valor en el bolsillo y parte en carruaje desde Agrigento, en otros tiempos Akragas, hacia Mesina.

Su mujer, Angela, se encuentra allí desde hace tres días como invitada de Irina Kropotkin, amiga suya, una rusa casada desde hace años con el barón Giummarra. Está dispuesto a gastar hasta el último céntimo que posee con tal de encontrarla.

Llega a Mesina la tarde del día siguiente; a las puertas de lo que fue la ciudad, ha tenido que abandonar el carruaje y proseguir a pie con la maleta en la mano. El palacio Giummarra ya no existe.

Desesperado y deshecho en lágrimas, se dirige al ayuntamiento, que consiste en una mesa y un empleado, ante los cuales hay una cola interminable de personas.

Mientras aguarda su turno, se entera de que los rusos suelen hacer una lista de todas las personas a las que han salvado. No se siente capaz de esperar más, la impaciencia lo corroe. Sale de la cola y se dirige corriendo al puerto. Allí ve una tienda en cuya entrada hay un cartel donde pone: «Consulado de Rusia. Entre».

—¿Qué desea? —le pregunta Demaria en su papel de falso cónsul.

El marqués se lo cuenta todo. Demaria, tras consultar algunas listas, levanta los ojos sonriendo.

—Los han sacado vivos de entre los escombros a los tres —dice—. El barón está herido de gravedad, pero las dos mujeres sólo han sufrido heridas superficiales. Están

hospitalizados a bordo del *Cesarevich*, el buque insignia.

—¿Podría ver a mi esposa? —pregunta el marqués.

—Veré lo que puedo hacer —responde el falso cónsul.

Tras el encuentro con su mujer, Stefano Longhitano está loco de alegría.

Quiere saber qué brigada ha sacado a su amada Angela de las profundidades del infierno para recompensarla con una cuantiosa suma de dinero. Pero el falso cónsul le informa de que el almirante ha dado una orden precisa a sus tripulaciones: rechazar, con firme cortesía, las donaciones de la población agradecida. Así pues, el marqués se ve obligado a no utilizar el contenido de la maleta.

Dos días más tarde, Angela es dada de alta del hospital de a bordo. Pero, antes de regresar con su esposa a Agrigento, el marqués quiere dar las gracias en persona al almirante Litvinov. Y, milagrosamente, lo consigue por mediación del diligente Demaria.

El encuentro es muy breve. En el momento de despedirse del almirante, el marqués saca del bolsillo una cajita y la abre.

Dentro hay una pequeña moneda de oro.

—Es una absoluta rareza —explica—. Se trata de una moneda que fue acuñada en Akragas en torno al año 400 a. de C., durante el asedio de los cartagineses. Parece ser que no hay otra pieza igual en todo el mundo.

Demaria palidece. Pero ¿no le ha dicho y repetido que el almirante ha ordenado tajantemente a los suyos que rechacen los presentes de la población?

Por eso, cuando ve que Litvinov acepta el regalo, se queda estupefacto.

—Gracias —dice el almirante—. Si usted no tiene nada en contra, me permitiré ofrecérsela al zar, un apasionado de la numismática, como un obsequio.

El marqués se inclina hacia delante.

—Por supuesto. Será un honor para mí.

4. El accidente

Cosimo sostiene un objeto minúsculo, redondo, reluciente, entre el índice y el pulgar de la mano que ha levantado hacia el doctor Gibilaro. El doctor se inclina desde lo alto del caballo, estirando todo el cuerpo hacia un lado para ver mejor. Se ha dado cuenta enseguida de que se trata de una moneda antigua nunca vista hasta entonces.

Al mismo tiempo, también Ernesto, vencido por la curiosidad, ha dado un paso adelante y se ha interpuesto entre la mano levantada de Cosimo y la mirada del doctor.

—¡Tú, quítate de en medio y no me toques los cojones! —grita de inmediato este último.

Los tres campesinos se quedan perplejos. El doctor tiene fama de ser un hombre de una inmensa paciencia, comprensivo y siempre amable con todos. Pero ha vociferado una expresión soez. ¿Qué le pasa? 'Ntonio retrocede, atónito; Ernesto se aparta a un lado, amedrentado; Cosimo baja instintivamente el brazo.

—¡Déjame ver! —le ordena el doctor, autoritario, a Cosimo, que vuelve a levantar de golpe el brazo y permanece inmóvil en esa postura. La sonrisa le ha desaparecido de la cara, ni siquiera se atreve a respirar.

El doctor se inclina todavía más, su equilibrio sobre el caballo es ahora bastante precario.

Ha tenido ocasión de ver publicada en una revista la moneda que el marqués Longhitano le regaló al almirante Litvinov y éste donó al zar Nicolás. La revista desmiente al marqués: esa moneda no es única, hay otra en Londres. El anverso de la moneda del zar muestra un águila con las alas cerradas y una serpiente entre las garras. En la que tiene en la mano Cosimo, el águila está con las alas desplegadas y lo que tiene entre las garras es una liebre.

Por un instante, el doctor siente un ligero vértigo. El paisaje con los tres campesinos empieza de improviso a moverse, da una vuelta completa a su alrededor y finalmente se detiene.

El doctor Gibilaro está empapado en sudor. Quisiera decirle a Cosimo que le dé la vuelta a la moneda para ver la otra cara, pero la voz no le sale de la garganta reseca.

Por fin, haciendo un esfuerzo, lo consigue:

—¡Dale la vuelta!

Ha gritado más que antes. Cosimo cierra los ojos y hace lo que le indica el doctor.

Éste distingue ahora claramente un cangrejo y un pez. En la del zar sólo hay un cangrejo.

No cabe duda alguna. Con toda certeza, está viendo la única pieza conocida en el mundo de la última acuñación —de poquísimas piezas— de monedas de oro akragantinas que se realizó antes de la destrucción de la ciudad, y sobre cuya existencia historiadores y numismáticos han disertado y polemizado largamente.

El doctor, a quien la emoción hace olvidar que está a lomos de un caballo, alarga la mano y hace el gesto de dar un paso adelante para coger la moneda.

Y, como es natural, se cae al suelo.

El pie derecho se le queda metido en el estribo. A la altura del tobillo se oye un ruido seco, como de rama partida.

Los tres campesinos, prodigándose en amabilidad y atenciones, ayudan al doctor a sentarse de nuevo en la silla.

Gibilaro a duras penas contiene los gritos de dolor; ceder a éste no sería una reacción digna para un médico. Se dirige hacia el hospital de Agrigento escoltado por 'Ntonio con su mula.

Antes de alejarse, le ha rogado a Ernesto que vaya a Vigàta para informar a 'Ndonò y a Michele del accidente que ha sufrido.

No le vuelve a la mente con toda claridad el momento del accidente hasta que se encuentra en la cama del hospital.

No es cierto que en aquel momento hubiera olvidado por completo que iba a caballo. Lo había olvidado de forma parcial. Simplemente hizo dos movimientos a la vez. Sacó el pie izquierdo del estribo y levantó la pierna con la intención de hacerla pasar al otro lado de la silla, pero al mismo tiempo desplazó hacia delante el pie derecho para dar un paso, como si no lo tuviera metido en el estribo. Eso era sin duda alguna lo que había pasado.

Y tampoco le cabe ninguna duda de que vio cómo la preciosa moneda caía de la mano de Cosimo al suelo cuando éste se apresuró a acudir en su ayuda.

¿La habrá encontrado? ¿La habrá recogido? ¿O, desconociendo su inconmensurable valor, la habrá dejado allí?

La única pieza, apenas entrevista por él, de la «pequeña Akragas», como la han llamado los estudiosos que han hecho suposiciones sobre su existencia, ¿está destinada a desaparecer de nuevo y para siempre?

En el hospital, el doctor Gibilaro pasa largos días de espera y ansiedad. Entre Navidad y Primero de Año no para de llover a raudales.

Y el doctor empieza a tener pesadillas con los ojos abiertos. Ve aquella minúscula moneda, que pesa menos que un guijarro, deslizándose por un pequeño arroyuelo que se ha formado en el margen de la vereda, porque la tierra dura y compacta de Sperone no llega a absorber el agua de la lluvia. A medida que el arroyuelo crece, la moneda toma velocidad y es arrastrada lejos hasta que desaparece, engullida, en un agujero que se abre en el terreno. Y cuando por fin deja de llover y vuelve a brillar el sol, el doctor ve que la moneda ya no está en el agujero, pero sabe que yace en el fondo, cubierta por el fango que, bajo los rayos del sol, empieza a secarse, a endurecerse, y ocultará otra vez la moneda durante milenios.

En esos días de hospitalización, le ha cambiado el carácter. Se ha vuelto inquieto, irascible. Discute continuamente con 'Ndonò, que se ha trasladado a Agrigento para atenderlo mejor. Michele, por su parte, prolonga las vacaciones para estar a su lado. Hay días en los que el doctor quisiera sincerarse con su hijo, contarle todo el episodio, y tal vez enviarlo a buscar a Cosimo para averiguar si la moneda sigue en su poder.

Sin embargo, en el último momento hay algo que se lo impide.

No sabe darse una explicación racional. ¿Quiere acaso seguir guardando para sí el secreto del descubrimiento, aun al precio de no despejar una duda tan angustiosa?

Cuando por fin puede empezar a caminar con una muleta, una especie de frenesí motor se adueña de él. Le resulta imposible estarse quieto en su habitación, no para de andar arriba y abajo por el largo pasillo, incluso de noche, y sus paseos molestan a los otros pacientes. Los responsables del hospital se apresuran a mandarlo a Vigàta y confiarlo a los cuidados del doctor Giacomo Pegoraro, que lo ha sustituido en el pueblo durante su hospitalización.

La tarde del mismo día que vuelve a casa, su colega Pegoraro acude a su domicilio, no sólo para visitarlo sino también para informarle del estado de sus pacientes. Es un joven simpático que se licenció hace unos años.

—En primer lugar, debo informarte de que Amalia Cusumano ha muerto —dice.

Esto, Gibilaro se lo esperaba.

—En su honor, sus hijas han hecho oficiar un funeral de primera —prosigue Pegoraro.

Y esto también, en cierto sentido, se lo esperaba.

—Oye, ¿te suena que en nuestras tierras haya habido casos de enfermedad del sueño? —le pregunta su colega.

—Que yo sepa, no.

—Pues te anuncio que Tallarita la ha pillado. ¡Ha engrosado su ya abultada colección!

Hablando de colecciones...

—¿Has tenido ocasión de ver a un campesino cojo que se llama Cosimo Cammarota?

La pregunta se le ha escapado antes de que pudiera retenerla.

—No —le responde Pegoraro—. ¿Por qué?

Gibilaro masculla algo incomprensible.

Tres días después, Gibilaro ha prescindido de la muleta para sustituirla por un bastón. Luego ha prescindido también del bastón. Camina con normalidad, no nota ninguna molestia. Pero Pegoraro, bajo cuyos cuidados se encuentra, le ha prohibido terminantemente montar a caballo durante una semana más. A los enfermos que viven

en el campo seguirá atendiéndolos él; que su colega empiece a ocuparse de los pacientes que residen en el pueblo.

Mientras tanto, el mal humor del doctor Gibilaro se ha vuelto denso y oscuro como el alquitrán. 'Ndonò amenaza, ora con tirarse por el balcón, ora con hacerse monja de clausura. Michele ha huido a Palermo.

Finalmente llega el ansiado, radiante amanecer.

El doctor Gibilaro abre los ojos a las cuatro y media, se despereza, baja con cautela de la cama... Y oye la voz de 'Ndonò, despejadísima:

—Pero ¿es imprescindible que salgas?

No le contesta. Va a la cocina.

Jamás le ha parecido un café tan bueno como aquél.

Ha decidido que hará la ronda habitual, tanto más cuanto que Pegoraro le ha dado las indicaciones necesarias para ir a casa de tres nuevos enfermos. La mañana es muy fría, aunque en el cielo no hay una sola nube. Se da cuenta demasiado tarde de que ha tomado el sendero que lleva a la casucha de Amalia Cusumano. ¿Qué va a hacer allí? Amalia ya no necesita morfina.

Se dispone a dar media vuelta cuando ve a Jolanda, la mayor de las tres hermanas, salir a su encuentro.

—Le beso la mano, *duttù*. ¿Le apetece un vaso de vino?

—No, gracias. He venido a daros el pésame.

Jolanda abre los brazos en un gesto de resignación. El doctor advierte que la casucha está recién blanqueada y han pintado las persianas de un verde deslumbrante. Jolanda intercepta su mirada.

—Mis hermanas y yo hemos decidido turnarnos para venir a trabajar aquí una semana cada una —explica—. No son campesinos lo que falta...

Las hermanas Cusumano han ampliado su actividad.

5. La desaparición de Cosimo

Es casi la una cuando, después de haber terminado de visitar a todos los pacientes, antiguos y nuevos, el doctor Gibilaro se adentra en la vereda de *contrada* Sperone. Llegará tarde a comer. Será inevitable una fuerte discusión con 'Ndonò.

A lo lejos divisa a los tres campesinos cavando. Ahora sí que se le acelera el corazón. Cuando está cerca, los tres levantan la cabeza para mirarlo.

Estupefacto, se da cuenta de que es la primera vez que ve a esos hombres, no los conoce, al igual que ellos no lo conocen a él.

Está desorientado.

—Disculpad —dice en voz alta.

Uno de los tres deja el azadón y se acerca a la vereda.

—¿Qué desea?

—Soy el doctor Gibilaro. Antes que vosotros, aquí trabajaban tres campesinos que se llaman Cosimo, Antonio y Ernesto. ¿Los conocéis?

—No. Nosotros somos de Agrigento.

—Ah. ¿Y sabéis si...?

—No sabemos nada y nada queremos saber —lo interrumpe el campesino, dándole la espalda y poniéndose de nuevo a cavar.

—¡Te digo que tengo tres enfermos nuevos! ¡Y eso lleva tiempo!

—Dos —replica 'Ndonò.

—¿Cómo que dos? ¡Te digo que los nuevos son tres!

—Son tres nuevos, pero como se te ha muerto uno antiguo, y si las matemáticas no son algo opinable, tres menos uno son dos.

La lógica de 'Ndonò es implacable.

—La pura verdad —continúa la mujer— es que tú no te conformas con visitar a un enfermo. ¡No, señor! ¡Tú tienes que informarte de cómo está toda la familia, incluido el tatarabuelo, si todavía vive! Y así pierdes un montón de tiempo. Y no sólo eso: si no encuentras con quién hablar, te gusta corretear por los campos.

En eso 'Ndonò tiene razón. No se trata sólo de obligado interés profesional, sino de profunda curiosidad humana. Él es así. Quisiera saberlo todo de la vida privada de cada uno de sus pacientes, desde el momento de nacer.

A propósito de saberlo todo, de Cosimo Cammarota no sabe ni siquiera dónde vive. No, para ser más exactos, sabe que vive en una casucha solitaria en *contrada* Belfico, justo al lado de un enorme olivo sarraceno, el único de los contornos, pero nunca ha tenido que ir a verlo.

Sin embargo, sabe llegar a *contrada* Belfico: hay que tomar una vereda que arranca en la carretera que va a Giardina. En sus primeros tiempos de médico titular, tuvo un paciente de aquella zona.

Son casi las siete de la mañana cuando llega a la casita de Cosimo. Se encuentra la puerta cerrada con un candado nuevo, aunque está tan deteriorada que bastaría una patada para derribarla. La ventana también está cerrada, pero por dentro.

El doctor recuerda, porque se lo ha dicho el propio campesino, que Cosimo nunca cierra la puerta de su vivienda cuando se va a trabajar: «Total, ¿qué hay para robar?». Y, además, las señales de abandono son evidentes. Los restos de una silla de anea junto a la puerta, el cubo desfondado del pozo... ¿Habrá muerto?

Esta vez, la ronda la hace como querría 'Ndonò. Con esmero, por supuesto, pero sin entretenerse. Tanto es así que a las doce y media está de vuelta en Vigàta. Sube deprisa la escalera del ayuntamiento y entra en las dependencias del registro civil.

—Quisiera saber si hay una notificación de fallecimiento de un tal Cosimo Cammarota, residente en *contrada* Belfico.

—¿Sabe más o menos cuándo habría muerto?

—Digamos que hasta el 20 de diciembre del año pasado estaba vivo.

No hay ninguna notificación de fallecimiento.

Vuelve a casa puntualísimo, sí, pero sin ganas de comer.

—¿Cómo es que estás desganado? ¡Te he hecho un ragù que da gloria verlo! — protesta 'Ndonò.

La media hora que dedica a echar la siesta en la butaca la pasa despierto, pensando en la desaparición de Cosimo. Está claro que se ha ido.

Y quizá haya una explicación plausible.

Su reacción intempestiva al ver la pequeña Akragas habrá hecho pensar a Cosimo que la moneda puede valer una fortuna. Como así es en realidad. Y habrá ido a la cárcel de Agrigento a pedirle asesoramiento a su hijo, Pietrino. Y éste lo habrá puesto en contacto con algún perista, el cual le habrá dado cuatro chavos a cambio de la moneda, y eso a un muerto de hambre como Cosimo habrá debido de parecerle una maravilla.

Sí, es posible que las cosas hayan ido así, en cuyo caso, adiós moneda.

Pero ¿por qué iba a abandonar la casucha donde siempre ha vivido? Los campesinos son como los gatos, no abandonarían su territorio por nada. Con el dinero que ha recibido del perista, podría repararla, vivir mejor en ella...

No, hay algo que no cuadra.

A la mañana siguiente, el sol ha salido hace ya una hora cuando el doctor desmonta del caballo y llama a la puerta de la casa de las Cusumano. Un asno, atado a un gancho clavado en la pared, come hierba en la era.

—¡Ocupado! —contesta la voz de Jolanda—. ¡Cinco minutos y estoy libre!

El doctor se aleja discretamente unos pasos. Al poco, la puerta se abre y sale presuroso un veinteañero de cara colorada, que desata al asno, monta y se va. Aparece Jolanda en combinación.

—Ah, ¿es usía? Entre, *duttù*, que hace frío.

En la habitación que sirve para todo, la cama está deshecha, es un auténtico campo de batalla.

—El muchacho ha pasado la noche —dice Jolanda riendo. Y añade—: ¿Qué necesita?

—Un favor.

—A su disposición.

—¿Conocéis tú y tus hermanas a un campesino cojo, de unos sesenta años, que vive en *contrata* Belfico y se llama Cosimo Cammarota?

—No, señor —responde sin dudarle Jolanda.

—Entonces, tenéis que hacerme el favor de preguntar a los que vengan a veros si alguien lo conoce o sabe algo de él. Necesito hablar con ese tal Cosimo.

—¿No puede decirme algo más?

—En diciembre del año pasado trabajaba con dos compañeros, 'Ntonio Prestia y Ernesto Ficarra. Quizá podría hablar también con ellos.

—Tenga la seguridad de que en cuanto sepa algo...

Tres días después, no Jolanda, sino Grazia, la mediana, que se encuentra en la casa de campo, está en condiciones de darle una noticia importante:

—*Duttù*, ni hecho aposta. El primer día que he venido a trabajar aquí, ¿y sabe quién se ha presentado? Vastianu, y me ha dicho que es hijo de 'Ntonio Prestia.

El doctor da un respingo.

—¿Qué te ha contado de Cosimo?

—Que su padre está preocupado porque no tiene noticias suyas.

—¿Le has dicho que quiero hablar con 'Ntonio?

—Sí, señor.

Esa misma tarde, mientras el doctor se dispone a dormir la siesta, llaman a la puerta. 'Ndonò va a abrir. Después le anuncia a su marido, con una sonrisita maliciosa apenas disimulada, que en el recibidor hay un campesino llamado 'Ntonio Prestia. Está manifiestamente contenta de fastidiarle la media hora de siesta, pero no tarda en sentirse decepcionada, porque el doctor no se pone a maldecir, sino que se levanta de un salto y dice:

—Hazlo pasar al salón.

Se estrechan la mano. Prestia, azorado, se sienta en el borde de la butaca.

—¿Cómo es que ya no trabajáis en Sperone?

—*Dottori*, la cosa fue así. Aquella maldita mañana que usía se cayó del caballo, si lo recuerda, mandó a Ernesto aquí para que avisara a su mujer mientras yo, con la mula, lo acompañaba al hospital.

—Me acuerdo perfectamente.

—Pues resulta que, cuando volví a *contrata* Sperone, encontré a Cosimo y Ernesto esperándome. Y me dieron una mala noticia.

—¿Cuál?

—Que había pasado el guarda del barón Loduca y no nos había encontrado trabajando ni a Ernesto ni a mí. Cosimo intentó explicarle lo que había sucedido, pero no hubo manera, el guarda se enfadó y nos despidió a los tres.

—Entonces, ¿perdisteis el trabajo por mi culpa?

—Sí, señor, pero inmediatamente después de Navidad encontré otro. Me dijeron que llevara a un compañero, así que fui a casa de Cosimo, pero la puerta estaba cerrada con candado. Y desde aquel día no he sabido nada más de él.

—¿Y a Ernesto lo has visto?

—No, señor, desde entonces, tampoco a él.

—Oye, recuerdo con claridad que, mientras me caía, la moneda resbaló de los dedos de Cosimo y fue a parar al suelo.

—Es verdad. Pero cuando volví después de haber acompañado a usía a Agrigento la tenía. Nos la enseñó a Ernesto y a mí. Y me repitió que se la regalaría cuando saliera del hospital.

Pese a lo que acaba de decir 'Ntonio, el doctor no puede contenerse:

—¿Y si hubiera cambiado de idea?

—¿Sobre qué?

—A lo mejor su hijo, Pietrino, echó leña al fuego...

—Pero ¿sobre qué?

—Es posible que Cosimo haya vendido la moneda. Vale bastante.

—De que valía bastante, nos dimos cuenta los tres. Pero usía se equivoca si piensa eso. Cosimo es hombre de palabra. Cuando dice una cosa, la cumple.

Acaba de acostarse. El reloj del ayuntamiento toca las diez. Está a punto de apagar la luz cuando 'Ndonò lo detiene.

—Espera. Quiero ir a ver si el brasero está apagado.

Desde que una pariente lejana murió a consecuencia de la falta de oxígeno por haber dejado un brasero encendido toda la noche, 'Ndonò suele hacer varias rondas de inspección antes de dormirse.

—Estaba apagado. Pero no hay otra que ir a comprobarlo.

La frase de su mujer le penetra en el cerebro.

«No hay otra que ir a comprobarlo».

¿Por qué no?

6. El descubrimiento

Mientras se afeita, se reafirma todavía más en la decisión que acaba de tomar, aunque siente cierto remordimiento por la pequeña falta que deberá cometer, es decir, retrasar la visita a los pacientes. En cuanto sale de casa, se dirige sin vacilar a *contrada* Belfico.

Ata el caballo al arco de hierro del que cuelga la garrucha del pozo, se acerca a la puerta, la observa.

Lleva un gran destornillador, con el que podría quitar uno a uno los cuatro gruesos tornillos que mantienen firmemente sujeta a la madera la placa de hierro con dos orificios atravesados por el candado. Pero se percata de que, si bien el candado es nuevo, la placa es vieja, y los tornillos están ya, por la herrumbre, como soldados a ella.

No, hay que descartar esa opción, sería perder el tiempo. Examina más de cerca las bisagras, que constituyen con toda evidencia el punto débil. En las partes donde las bisagras están en contacto con las hojas de la puerta, la madera se ha podrido y los tornillos ya no sujetan.

Sí, es justo lo que imaginaba, con una patada se vendrá abajo. Echa un vistazo alrededor. La soledad es absoluta, no pasa ni un perro vagabundo y tampoco se oye ladrar ninguno a lo lejos.

Toma carrerilla para dar una fuerte patada en la parte alta de la hoja izquierda. Esa mañana se ha puesto, para la ocasión, unos zapatos herrados de campesino en vez de las botas que usa habitualmente.

Comprueba el resultado. La bisagra superior y la central han cedido en parte, pero la puerta todavía sigue sujeta por la bisagra inferior.

Así que la segunda patada la propina en la parte baja, con el mismo resultado que la primera.

Ahora sólo hace falta dar un buen empujón a la hoja. Se lo da; se hace un daño de mil demonios en el brazo, pero, en compensación, la puerta se desgozna del todo por el lado izquierdo. Así y todo, no es suficiente para obtener el espacio mínimo que necesita para entrar en la casa; de hecho, la hoja no puede girar por completo porque la barra de hierro del gran candado se lo impide.

No hay nada que hacer; es preciso repetir la misma operación con la hoja de la derecha.

Pasado un cuarto de hora, por fin puede agarrar la puerta con los brazos completamente abiertos y apoyarla en la pared.

Se dispone a entrar, pero el denso y fétido olor estancado en el interior se lo impide.

El rectángulo de luz que entra por el hueco ilumina parcialmente un cadáver desnudo. Tan sólo los hombros y la cabeza quedan ocultos por hallarse en la zona de penumbra. Pero ese cadáver, está seguro, no puede ser sino el de Cosimo.

Asesinado.

Aunque, por lo que se ve del cuerpo, éste no presenta ninguna herida, ningún signo de violencia.

Asesinado, sí.

Porque de otro modo no se explicaría la presencia del candado en la puerta, que ha sido puesto con deliberación e indudable astucia por el asesino, a fin de postergar el descubrimiento del cadáver haciendo creer que Cosimo se ha ido.

Entra tapándose la nariz, abre la ventana de par en par y sale. Cuanta más ventilación haya, más deprisa desaparecerá el hedor.

Pasados veinte minutos, se decide a entrar.

El cadáver está casi descompuesto, pero la frente de Cosimo muestra la ancha herida que le ha provocado la muerte. Por lo demás, en el suelo, a un paso del cadáver, hay una barra de hierro manchada de sangre seca.

Sobre la mesa, una botella de vino y dos vasos sucios. Cosimo debía de mantener buenas relaciones con su asesino, si le ofreció de beber.

¿Por qué está Cosimo desnudo?

Conociéndolo, el doctor excluye que el asesinato haya sido el trágico desenlace de un encuentro galante. ¿Entonces? La respuesta le llega casi de inmediato por sí sola, y durante un instante lo paraliza.

Fue el asesino quien desnudó a Cosimo después de haberlo matado y se llevó la ropa, incluida la interior. Mira alrededor. En la casucha no hay ningún armario; Cosimo dejaba sus viejas prendas colgadas de un alambre extendido de una pared a otra en una esquina de la estancia.

Un par de pantalones de recambio, un chaleco, una camisa y una chaqueta los tendría, ¿no?

En cambio, del alambre no cuelga nada, el asesino se apoderó de todo. Pero ¿por qué? También esta vez la respuesta le llega de inmediato y le provoca un escalofrío que le recorre la espalda.

El asesino se llevó las prendas de Cosimo para poder registrarlas con tranquilidad. Porque la pequeña Akragas es realmente minúscula y Cosimo pudo haberla escondido en la vuelta de los pantalones o incluso en una costura de los calzoncillos.

Por consiguiente...

Por consiguiente, el asesino es alguien que tenía conocimiento de la existencia de la moneda y sabía que Cosimo se hallaba en posesión de ella.

Y a estas alturas, de eso no cabe ninguna duda.

¿Cuántos sabían lo de la moneda?

Cuatro, incluido Cosimo.

Él, Gibilaro, no lo ha matado. Por lo tanto...

O 'Ntonio Prestia o Ernesto Ficarra.

Un momento, no hay que apresurarse a sacar conclusiones. La prisa lleva consigo una altísima probabilidad de error.

Para empezar, no tiene la seguridad de que Cosimo no hubiera hablado de la moneda con nadie más.

Por ejemplo, pudo haber ido a visitar a su hijo a la cárcel para felicitarlo por Navidad y haberle hablado del hallazgo. Es posible que, a su vez, el hijo se lo contara a algún preso. Y que éste organizara...

O bien, simplemente, Cosimo se lo mencionó a algún amigo del pueblo sin pensar en las consecuencias.

Continúa mirando alrededor porque hay algo en la habitación que no le cuadra. Cosimo era un hombre ordenado y los pocos enseres que utilizaba a diario están en su sitio. Los cubiertos, los vasos y los platos, limpiísimos, en una repisa; la lámpara, apagada, sobre la tapa de la artesa... Claro, se trata de eso: el asesino no registró la casa, convencido de que Cosimo llevaba siempre la moneda encima.

¿Y si, por una vez, Cosimo hubiera escondido la moneda en algún lugar de la casa? ¿No estaría bien comprobarlo? Sale, se quita el tabardo y la chaqueta, los deja sobre la silla de montar, entra de nuevo y se arremanga.

Ha buscado incluso entre las cenizas del hogar. Nada.

Coge la puerta y la coloca tapando el hueco. De esta manera impedirá que algún animal cause más estragos en el cuerpo.

Después, se lava con la poca agua que contiene el cubo medio desfondado, se pone de nuevo la chaqueta y el tabardo, monta y regresa a Vigàta.

Paolino Melluso, el delegado de la Policía del Estado, se levanta de la mesa y se dirige a su encuentro con la mano tendida.

—¡Queridísimo doctor!

No se puede decir que sean amigos, pero las raras veces que va al Círculo Gibilaro lo escoge como compañero de juego en las partidas de cartas.

El doctor le cuenta que el 20 de diciembre pasado se encontró casualmente con el campesino Cosimo Cammarota, un antiguo paciente, quien le dijo que estaba preocupado porque de vez en cuando notaba fuertes dolores en el pecho. Y que se despidieron después de acordar que Cosimo iría a Vigàta inmediatamente después del periodo de fiestas para someterse a un reconocimiento. Pero aquel mismo día él se cayó del caballo y se olvidó del asunto.

Esa mañana ha vuelto a acordarse y, como tenía que pasar por *contrada* Belfico, ha decidido ir a verlo. Y ha descubierto algo terrible.

La historia se sostiene, y desde luego no serán ni 'Ntonio ni Ernesto quienes la desmientan.

Melluso es un buen policía.

—¿Usted ha encontrado la puerta arrancada y apoyada en la pared?

—Sí.

—¿Y estaba puesto el candado?

—Sí.

—¿Y se supone que Cammarota fue asesinado dentro de la casa?

—Seguramente.

—¿No le parece extraño, por no decir absurdo, que el asesino cerrara primero la puerta con un candado y después la forzara para entrar y matarlo?

No, es preciso poner a Melluso en el buen camino.

—Verá, está lejos de mi intención entrometerme, pero es posible que el candado lo pusiera el asesino después del homicidio para retrasar su descubrimiento y que posteriormente un ladrón haya forzado la puerta.

—¿Un ladrón? ¿Y qué habría podido robar? —Melluso tuerce la boca y se responde él mismo—: La verdad es que, con el hambre que hay por ahí, matarían hasta para robar un par de zapatos viejos.

Habiendo sido dispensado por Melluso de acompañarlo al lugar del delito, Gibilaro corre a casa para avisar a 'Ndonò de que no irá a comer. Todavía tiene que hacer toda la ronda de visitas a los pacientes. Encuentra sólo a la criada, que le dice que la señora ha salido para ir a visitar a una amiga que no se encuentra bien. Mejor así.

Manda que le preparen una cesta con pan, queso, aceitunas negras y un cuarto de vino. Hace un día espléndido. Comerá al aire libre, bajo un árbol. Y quizá consiga atenuar un poco el disgusto por haber perdido, tal vez para siempre, la pequeña Akragas apenas entrevista.

7. La pista falsa

Tres días después, por la tarde, la enfermera hace pasar a la consulta del doctor a un paciente inesperado.

Es el delegado.

—¿Necesita de mis servicios, señor Melluso?

—Nada serio, creo. Durante un enfrentamiento con un ladrón de gallinas al que estaba arrestando, me he hecho daño en esta muñeca. ¿Quiere echarle un vistazo?

Nada serio, en efecto, sólo está ligeramente dislocada. Una pomada y una venda que deberá soportar unos días.

Pero es evidente que el delegado ha ido sobre todo para hablarle del caso Cammarota. Y debe de tener algo importante que comunicarle. Exhibe, de hecho, ese aire de astucia y superioridad que adopta en el Círculo cuando tiene buenas cartas en la mano.

—¿Puede dedicarme cinco minutos?

Esa tarde la sala de espera está casi vacía.

—Incluso diez.

Melluso se lo toma con calma.

—Usted, que es un hombre de ciencia, ¿sabría decirme si un hombre inteligente es inteligente siempre?

—Si uno es inteligente, lo es siempre. Pero puede darse el caso de que un hombre inteligente se comporte como un idiota. Sucede a menudo cuando se está enamorado.

El delegado entorna los ojos y sonrío, abstraído en un lejano recuerdo personal.

—Es cierto.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Verá, cuando, después de su aviso, fui con dos agentes a *contrada* Belfico..., mientras observaba el cadáver de ese pobre campesino tuve de improviso, como una iluminación, un destello de comprensión...

—¿Qué descubrió?

—A decir verdad, no descubrí nada, pero..., cómo le diría..., establecí una conexión.

—¿Con qué?

—Conecté al padre con el hijo.

¿Va a ponerse el delegado a formular acertijos?

—¿Le importaría explicarse mejor?

—¿Sabe usted que el hijo de Cosimo, Pietrino, está cumpliendo una condena por haber asesinado, por motivos triviales, a un joven carretero, un tal Michele Bonavia?

—Sí, lo sé.

—Su colega Manfredonio, que ha realizado la autopsia de Cammarota, está absolutamente seguro de que el delito se cometió en torno a los días de Navidad del

año pasado.

Por el estado del cuerpo de Cosimo, el doctor Gibilaro no puede sino coincidir con el médico forense.

—Pues bien, Pietrino asesinó a Bonavia la noche del 23 al 24 de diciembre de hace trece años —revela el delegado. A continuación hace una pausa cargada de significado, antes de preguntar—: ¿No le parece una extraña coincidencia?

Ésa es una palabra que a Gibilaro no le gusta.

—Yo no creo mucho en las coincidencias.

—¡¿No cree en las coincidencias?!

—Rectifico: existen, sí, pero somos nosotros los que las vemos como tales. En cualquier caso, continúe.

—Bonavia dejó un hijo —prosigue en tono sugerente el delegado— que entonces tenía cinco años, Saverio.

Y que ahora, por lo tanto, tendría dieciocho.

De pronto, el doctor comprende adónde quiere ir a parar Melluso.

No, no, hay que poner remedio enseguida. El delegado se equivoca, la está pifiando.

¿Qué tiene que ver ese tal Saverio?

—¿Sospecha usted, entonces, que Saverio ha querido llevar a cabo una venganza equivalente contra Pietrino? La vida de tu padre por la vida del mío.

El delegado advierte un escepticismo velado en la voz del doctor y se mosquea.

—Tengo buenos motivos para pensarlo, ¿no?

—Pero ¿puede explicarme por qué iba a esperar trece años?

—Vaya usted a saber... Habrá querido esperar a ser mayor de edad, o quizá haya tenido otro motivo... La venganza retardada, fría, es típica de nuestra mentalidad. ¿Conoce el caso del marqués Blandino?

—No.

—El marqués Blandino estaba enamorado de su esposa. Imagine su dolor cuando descubrió que ella lo traicionaba con el barón Curreli. Y que estaba enamorada de él. Pero no hizo nada, sufrió en silencio. La historia entre los dos amantes continuó a lo largo de veinte años. Luego la mujer murió. El día siguiente al del entierro, el marqués Blandino disparó contra el barón y lo mató. Cuando le preguntaron por la razón de no haberlo hecho antes, respondió que no había querido darle un disgusto a su esposa.

—De acuerdo, pero ¿qué motivo tenía Saverio para desnudar el cuerpo y llevarse la ropa?

Melluso sonrió.

—Es evidente que está usted en la inopia acerca de cómo Pietrino mató a Bonavia.

—En efecto, no tengo la menor idea.

—Le partió la frente con una piedra. Después le quitó la ropa y la arrojó a un pozo.

—¿Por qué lo desnudó?

—En el juicio no supo dar una explicación. En cualquier caso, demasiadas coincidencias, ¿no le parece? Aunque usted no crea en ellas. Este segundo delito parece calcado del primero. Es como si el asesino hubiera estampado la firma.

El doctor, sin embargo, no desiste.

—Perdone, ¿por qué, ya puesto, no arrojó el cadáver de Cammarota al pozo? ¡Hay uno nada más salir de la casa!

El delegado se encoge de hombros.

—Eso es un detalle irrelevante. Oiría a alguien acercarse y salió huyendo.

Es inútil continuar discutiendo con Melluso.

—¿Qué piensa hacer?

—Mañana arresto a Saverio Bonavia y le aprieto las clavijas.

El delegado es famoso por sus interrogatorios, llevados a cabo sin escatimar cachetes y guantazos.

Una vez que Melluso se ha ido, el doctor le ordena a la enfermera que no haga pasar a nadie durante un cuarto de hora.

Se siente desorientado, confuso. El delegado tiene razón, las coincidencias entre los dos delitos existen, ya lo creo que sí. Aplicando el rigor de la lógica, sería imposible que una sucesión de acontecimientos casuales se hubiera podido organizar de modo que repitiera casi exactamente un hecho ya acaecido.

Pero la lógica no siempre puede explicar las cosas que ocurren en la vida.

A menos que las coincidencias hayan sido buscadas por el asesino para hacer recaer la culpa sobre Saverio. Porque sin duda 'Ntonio y Ernesto conocen los detalles del homicidio que cometió Pietrino. ¡Quién sabe cuántas veces habrán hablado de ello con Cosimo en las largas horas de trabajo en los campos!

Basta, no se puede hacer otra cosa que tener paciencia y esperar a ver cómo se desarrolla la investigación.

A las siete de la mañana, mientras recorre el camino de Bonocore, el doctor debe dejar paso a un cortejo que avanza lentamente en sentido inverso, en dirección a Vigàta.

A la cabeza de la comitiva y a caballo va el delegado Melluso. Desde su silla se extiende una larga cuerda que está atada a las esposas que rodean las muñecas de un joven que avanza a pie. Detrás van dos policías, también a caballo.

El doctor y el delegado se saludan descubriéndose la cabeza.

—¿Puedo ir a verlo esta tarde? —pregunta el doctor.

—Es usted muy dueño.

Gibilaro se ha quedado impresionado al ver al joven.

Tenía una expresión de absoluta indiferencia, como si aquel asunto no fuera con él. Incluso había algo más.

Era como si no comprendiera que lo habían arrestado.

Después de la siesta, el doctor va a ver al delegado.

—¿Cómo ha ido todo?

—¡Fatal!

—¿No ha confesado?

—Mire, doctor, al principio he pensado que el muchacho quería hacerse el listo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Usted cree a alguien que asegura que no sabe qué día viene después del lunes?

—No.

—¡Pues claro, por Dios! ¡Y yo tampoco le he creído! Luego, poco a poco he tenido que aceptar que tenía delante a un idiota integral. Y, en consecuencia, mi teoría sobre el delito calcado del otro se ha venido abajo. Después ha venido la madre y la he interrogado a ella.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha demostrado incuestionablemente que Saverio no pudo haber matado a Cammarota.

—¿Cómo?

—Me ha dicho que su hijo tuvo que presentarse en la caja de reclutamiento para la visita previa a la incorporación a filas el 20 de diciembre del año pasado. Que de allí lo trasladaron directamente al hospital militar, donde estuvo retenido hasta el 7 de enero. Lo declararon inútil por tísico. Me he informado tanto en la caja de reclutamiento como en el hospital y todo coincide. Para despejar cualquier duda, le he preguntado de nuevo al doctor Manfredonio, quien ha descartado categóricamente que Cammarota hubiera muerto después del 27 o 28 de diciembre. Y eso es todo.

El delegado no oculta su decepción.

—¡Esto va para largo, querido doctor!

Esa misma noche, después de la partida de cartas en el Círculo, el doctor invita al delegado a dar un paseo por el muelle.

Ha pensado mucho en cómo poner a Melluso en el camino correcto y le parece haber encontrado, por fin, la solución.

—Quiero decirle una cosa que puede ser importante para el caso Cammarota.

—Le escucho.

—Poco antes de cerrar la consulta, he visitado a un campesino que me ha contado un rumor que circula por los alrededores.

—¿De qué se trata?

—De que Cosimo, unos días antes de que lo mataran, encontró, cavando en Sperone, una especie de tesoro.

Melluso lo mira, pasmado, y prorrumpe en sonoras e incontenibles carcajadas.

8. Peripecias de un arresto

—¿Un tesoro escondido? —dice el delegado—. ¡Pero si ése es el sueño de todos los campesinos, encontrar un ánfora llena de cequíes de oro enterrada por los bandidos! ¡Y afirman que muchos se han hecho ricos así! ¿Qué pasa, doctor? ¿No cree en las coincidencias y sí en las leyendas?

El doctor hace oídos sordos a la enojosa ironía del delegado.

—Parece ser que Cosimo encontró sólo una moneda de oro, de casi dos gramos.

—¿Y qué valor puede tener una monedita así?

—Un valor inmenso. Se lo digo como numismático que soy.

El delegado se pone serio.

—Perdone, pero, si no la ha visto, ¿cómo puede saber...?

—No la he visto, pero el campesino me la ha descrito con detalle. A él se la describió otro campesino que la vio con sus propios ojos.

—¡Ah! —exclama el delegado, y se queda unos instantes en silencio—. ¿Cómo se llama ese campesino? —dice de pronto.

—¿Cuál?

—Su paciente.

—No puedo decírselo. Antes de contarme esta historia me hizo darle mi palabra de honor de que jamás revelaría su nombre.

—¿No sabe que usted está obstruyendo la investigación?

—No sea ridículo. He sido yo quien acaba de abrirle un nuevo camino, tal vez el correcto.

El delegado adopta un aire indignado y masculla algo así como: «¡Fíate de los amigos!».

—Pero hay un nombre que sí podría darle —dice el doctor.

—¿El de quién?

—El del campesino que vio la moneda entre las manos de Cammarota.

—¿Y cómo se llama?

—Ernesto Ficarra.

No le ha dado el nombre de 'Ntonio Prestia. Después de mucho pensar, se ha formado de él una idea precisa: no lo considera capaz en absoluto de matar.

Es costumbre de las fuerzas del orden realizar las detenciones con las primeras luces del alba. Sobre por qué nació y ha pervivido dicha costumbre, hay muchas opiniones, y todas contrapuestas. Pero lo cierto es que siempre ha demostrado ser inapropiada cuando la persona a la que se busca es un campesino, el cual es muy posible que con las primeras luces del alba se encuentre ya arando un campo a una distancia de su casa de tres horas a caballo.

Así pues, el delegado, aun teniendo el nombre de Ernesto Ficarra desde el viernes por la noche, decide ir a prenderlo el domingo por la mañana. De esa forma estará

seguro al noventa por ciento de encontrarlo todavía en la cama.

Parte del sábado la dedica a recopilar datos sobre el tal Ficarra. Puesto que no tiene antecedentes penales, y sí licencia de armas, va a informarse al registro civil.

La cosecha es escasa: Ficarra es un cincuentón que vive con su mujer, Clementina, en una casita rústica de *contrada* Canenero. Tiene dos hijos: el mayor, Sabatino, emigró a Estados Unidos hace tiempo; la menor, Gnesa, está casada con un campesino de Ribera.

El domingo a las cinco, antes de salir de la delegación —porque una hora de camino para llegar a Canenero no se la quita nadie—, Melluso hace algunas advertencias a los dos agentes que lo acompañan, Gammacurta y Lodico. Les explica que, a juzgar tanto por los documentos como por los comentarios oídos en el pueblo, el hombre al que van a prender es una persona absolutamente respetable y tranquila. Jamás una riña, una disputa familiar, una multa, una borrachera molesta... Pero, como suele decirse, la ocasión no sólo hace al hombre ladrón, sino que también lo hace asesino. Podría ser ése el caso de Ficarra. Por lo tanto, ojo: no es imposible que, al verlos, pierda la cabeza otra vez. Y en casa tiene una escopeta de caza. ¿Entendido?

Desmontan a una veintena de metros de la casita, en lo que siglos atrás debió de ser el lecho gredoso de un riachuelo, atan las riendas de los caballos a un árbol y avanzan a pie.

La casita es de una sola planta, delante hay un pequeño claro, y a un lado se extiende un huerto alrededor de un pozo. La puerta y las ventanas están cerradas.

Mientras se acercan a la casita con el índice sobre el gatillo del mosquetón, Gammacurta y Lodico se abren en abanico, el uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha; sólo el delegado, inclinando un poco el torso, continúa caminando por el sendero.

Han llegado al claro. Gammacurta tiene en el punto de mira el único balcón del piso superior; Lodico, la ventana situada junto a la puerta de entrada. Melluso desenfunda el revólver y llama con el puño izquierdo.

—¡Abran! ¡Policía!

E inmediatamente después, por si las moscas, se aparta hacia un lado. Del interior no llega ningún ruido.

Melluso espera un poco y vuelve a intentarlo.

Tampoco en esta ocasión obtiene respuesta alguna.

¿Fingen no estar, o no están de verdad? El huerto, si uno lo observa, no tiene nada de descuidado. Están, no cabe duda.

El delegado llama con un gesto a Lodico, que es un hombretón de casi dos metros con una buena espalda...

—¿Te ves capaz de derribar la puerta?

—¡Qué pregunta!

Lodico le pasa el mosquetón al delegado, se aleja para tomar carrerilla y a continuación embiste como un ariete.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhh!

El grito agudísimo hace frenar a Lodico a pocos centímetros del objetivo; para detenerse a tiempo, se ve obligado a imprimir un movimiento rotatorio a los brazos, como si fueran las palas de un molino.

Los tres hombres se vuelven. No se habían dado cuenta de que por detrás de ellos ha llegado una campesina cincuentona, acecinada y completamente vestida de negro, incluido el pañuelo que le cubre la cabeza. Lleva en la mano derecha un bastón nudoso y lo agita con ademán amenazador.

—¿Por qué queréis echarme la puerta abajo, cabrones? —dice. Y antes de que ellos se recuperen de la sorpresa, añade—: ¡Si no os vais ahora mismo, llamo a los guardias!

—Señora, los guardias somos nosotros —precisa Melluso.

—¡Ah, muy bonito! ¿Sois guardias y os dedicáis a derribar puertas como si fuerais ladrones?

—Pensábamos que no había nadie en casa.

—¡Vaya! ¿Así que vosotros, cuando pensáis que en una casa no hay nadie, echáis la puerta abajo?

Melluso, harto, corta por lo sano.

—¿Es usted Clementina Ficarra?

—Eso parece.

—¿Su marido es Ernesto Ficarra?

—Lo fue.

—¿Qué significa que lo fue?

—¿Qué va a significar? Que antes era mi marido.

—¿Y ya no lo es?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque murió.

Un garrotazo en la cabeza habría tenido un efecto menos demoledor. El delegado se tambalea. A duras penas consigue hablar.

—¿Co... cómo murió?

—Pilló una pulmonía.

—¿Cu... cuándo?

—¿Cuándo murió? El diez de diciembre del año pasado. En el hospital de Montelusa.

—Pero ¿se notificó la muerte?

—¡Y yo qué sé! A mí me dijeron que de eso se encargarían los del hospital.

—Señora, es preciso aclarar este asunto. Debe venir al pueblo con nosotros.

—Está bien, pero antes tengo que ocuparme del huerto. Vengo aquí expresamente todas las mañanas.

Para acabar cuanto antes, Gammacurta y Lodico la ayudan a sacar agua del pozo y a regar.

Por el camino, la viuda, después de haber pedido y obtenido permiso para hacer un alto de diez minutos en el cementerio y rezar una oración por el difunto, explica que, desde la muerte de su marido, vive en casa de su hermana Mariannina, casada con Gelsomino, en Via Alloro 28.

—Pero ¿dónde están los papeles que le dieron en el hospital?

—En casa de mi hermana.

En efecto, los papeles están allí.

Y hay también una nota que reza: «Expedido al registro civil de Vigàta en el día de hoy, 10 de diciembre de 1909, certificado de defunción».

Con la nota en el bolsillo, nerviosísimo, el delegado espera a que llegue el mediodía, pues a esa hora el alcalde Sorrentino va todos los domingos sin falta a tomarse una copita de coñac en una mesa del café Trinacria.

Aquel día el alcalde está solo, no se encuentra rodeado de los habituales exelectores, rápidamente transformados en aspirantes al cargo.

—¿Puedo sentarme?

—Querido delegado, tenerlo conmigo es un placer. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Una explicación.

—¿Una explicación de qué? —pregunta el alcalde, perplejo.

—De cómo funciona el registro civil de este municipio —responde con gravedad el delegado, poniéndole ante los ojos la nota.

El alcalde la lee y mira cada vez más perplejo a Melluso, el cual le explica lo sucedido. Al alcalde se le ensombrece el semblante. Llama a un guardia municipal y le ordena:

—Busca a Ciccio Traina y dile que dentro de diez minutos lo quiero en su oficina.

La confusión queda pronto aclarada. Traina, el empleado del registro civil, cuando recibió el certificado de defunción, lo transcribió conforme a las normas, pero..., cómo decirlo..., atribuyéndolo a un homónimo. El cual, por consiguiente, está vivo. Pero tiene noventa y cinco años. Y es bastante difícil que, estando en cama desde hace veinte, pueda haberle partido la cabeza a Cosimo Cammarota.

O sea que, al parecer, ¿no existe en Vigàta un Ernesto Ficarra en condiciones de ostentar el título de asesino? Llegados a este punto, Ciccio Traina, para redimirse del error cometido, aventura con timidez:

—Está Calcedonio Ficarra.

El alcalde y el delegado lo miran estupefactos.

—¿Qué tiene que ver ése con este asunto? —pregunta Melluso.

—Bueno, verá, aquí, en Vigàta, muchos que son conocidos con un nombre, en realidad, en el registro, tienen otro. Es una costumbre local. Attilio Germanà se llama Pompeo, Aurelio Navarra se llama Gastone...

—¿Y Calcedonio Ficarra cómo se llama? —continúa preguntando el delegado.

—Ernesto.

—¿Y a qué se dedica?

—Es campesino azadonero.

—¿Está casado?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos cuarenta.

—¿Dónde vive?

—Espere, que lo miro —dice Traina.

Desgraciadamente, vive en *contrada* Sucameli, donde Cristo dio las tres voces. Un lugar que pertenece mitad a Vigàta y mitad al municipio de Montereale. El delegado Melluso tiene una idea luminosa: irá a arrestar a Ficarra, en contra de todas las costumbres, a las siete de esa misma tarde. Y si no lo encuentra, está decidido a apostarse allí hasta que el hombre se recoja.

Cuando llegan a la casita de Ficarra, la consabida habitación única que sirve para todo, ya ha oscurecido. La puerta está cerrada, pero por la ventana se filtra un hilo de luz.

—¿Qué hacemos? —susurra Lodico al oído del delegado.

—Derriba la puerta —ordena Melluso, que no tiene ganas de perder tiempo.

9. Por fin

La puerta se abre con más facilidad de la esperada, hasta tal punto que Lodico, debido a su propio impulso e incapaz de frenar, acaba aterrizando sobre la cama. La cual ya está ocupada por una pareja desnuda, que hasta un momento antes se hallaba entretenida procurándose mutuo placer.

La mujer suelta un grito y se mete bajo la manta; el hombre busca las gafas en la mesilla de noche.

—¡Calcedonio Ficarra, estás detenido! —grita el delegado con escaso sentido de la oportunidad.

—Pero... ¡Pero si yo no soy Calcedonio Ficarra! —balbucea el hombre poniéndose las gafas.

—¿Y quién es usted? —pregunta el agente Gammacurta, después de una pausa y en sustitución del delegado, el cual parece haber perdido momentáneamente la facultad del habla.

—Soy el *ragioniere* Luparello, jefe contable del ayuntamiento de Montereale —proclama el hombre saliendo de la cama y poniéndose los calzoncillos. Después coge los pantalones de una silla, saca la cartera, extrae el carnet de identidad y se lo tiende.

—Es verdad —dice Gammacurta, devolviéndoselo.

—Pero ¿usted es la mujer de Calcedonio Ficarra, llamado Ernesto? —pregunta Lodico, en vista de que el delegado sigue sin recuperarse.

—Sí, señor.

—¿Y dónde está su marido?

—¡Y yo qué sé! ¡Hace un *puñao* de días que no lo veo! ¡Sola me ha *dejao* el grandísimo cabrón! ¡Sola y sin un céntimo! ¿Cómo iba a arreglármelas yo para comer si no fuera por el *ragiuneri*?

Recobrado el control de sí mismo, el delegado consigue aclarar que Ficarra desapareció el mismo día que se descubrió el homicidio de Cammarota.

Sólo falta organizar batidas para encontrarlo. No será fácil.

Cuando se entera de lo ocurrido, el doctor Gibilaro empieza a articular una argumentación de lo que está sucediendo.

Pero se trata de una explicación que ha emergido en su mente contra sus propias y firmes opiniones de hombre que ha hecho de la lógica y la racionalidad una razón de vida. Y, en consecuencia, no puede sino guardársela para sí, una pizca avergonzado.

La explicación es la siguiente: que la moneda está expresando su voluntad de no reaparecer ante el mundo, de volver de nuevo al interior de esa tierra de la que un día la sacaron.

Y como consecuencia, su voluntad también de no ir a parar nunca, por ninguna razón, a su pobre colección. Es como si una emperatriz se negara, y con razón, a vivir

en un cuchitril.

Mientras prosigue la búsqueda de Ficarra, el delegado acumula pruebas contra él.

Descubre dónde fue comprado el candado, y, a decir verdad, lo hace sin demasiada dificultad, dado que en Vigàta sólo hay una ferretería, cuyo propietario, el señor Genuardi, recuerda muy bien además habérselo vendido la víspera de Navidad, día antes día después, a un campesino «que no paraba de reír».

Por si fuera poco, recibe un soplo de un confidente. Parece ser que un anticuario de Agrigento, un tal Giulio Scibetta, ha tenido la moneda entre las manos, pero se ha negado a comprarla a causa de su evidente procedencia ilegal.

Antes de ir a verlo, Melluso le pide al doctor Gibilaro un dibujo del anverso y el reverso de la moneda.

—Sí, era ésa —dice Scibetta observando el dibujo—. Pero se la devolví al expedidor.

—Hizo muy bien —lo elogia Melluso—. Y todavía hará mejor si me dice el nombre de dicho expedidor.

Scibetta vacila.

—No quisiera que...

—Su silencio supondría ser cómplice de homicidio.

El delegado ha cargado las tintas. Scibetta palidece ostensiblemente.

—¿Lo dice en serio?

—En el trabajo no bromeo nunca —replica el delegado en tono tajante—. Y fuera del trabajo tampoco, dicho sea de paso.

—Me la mandó Alessio Riguccio, que se presenta a sí mismo como anticuario, pero que en realidad es un...

—¿Perista? —sugiere Melluso.

—En realidad, yo quería decir chamarilero —precisa Scibetta.

—Por curiosidad, dígame, ¿por qué se la mandó a usted?

Scibetta sonrío.

—Porque se dio cuenta de que no era pan para sus dientes. ¿Y sabe una cosa? No me la habría quedado ni aunque su procedencia hubiera estado certificada.

—¿Por qué?

—Porque tampoco es pan para mis dientes.

—¡Caramba!

—Delegado, esa moneda vale tanto, pero tanto tanto, que prácticamente no tiene ningún valor comercial porque no es comerciable.

Como Melluso es un funcionario respetuoso con las competencias y las jerarquías, se persona en la Jefatura Superior de Policía e informa a su titular de la situación en que se encuentra la investigación sobre el homicidio de Cammarota.

Una hora después, unos agentes agrigentinos arrestan a Alessio Riguccio, acusado de ocultación y probable colaboración en homicidio, y en consecuencia lo trasladan a la delegación de Vigàta para que allí se proceda a su interrogatorio. La acusación de colaboración en homicidio es una especie de ganzúa que abre todas las puertas.

—¡Yo creía que era robada! —se justifica Riguccio.

—Lo es, pero para cometer el robo Ficarra mató a una persona. Así que, ¿qué hacemos?

—Yo le devolví a ése la moneda la otra noche.

—¿Fue a tu casa?

—Sí, señor. Eso habíamos acordado.

—¿Fue a caballo?

—No, a pie.

Melluso deja otra vez a Riguccio en manos de los de Agrigento y va a ver al doctor Gibilaro en busca de una confirmación. Sí, Cosimo Cammarota encontró la moneda mientras cavaba en Sperone.

Ahora, el delegado está convencido de saber dónde se esconde Ficarra, que forzosamente ha tenido que permanecer en los alrededores de Agrigento para reunirse con los posibles compradores de la moneda.

Justo encima de *contrada* Sperone, oculta tras una gran espesura de vegetación, hay una cueva. En otros tiempos era uno de los muchos accesos secretos a los hipogeos de Akragas; luego se levantó un muro de piedras para tapiarlo. Probablemente el asesino se ha refugiado allí.

¿Por qué? Melluso es incapaz de explicárselo; se trata de una de sus iluminaciones, con la consiguiente conexión entre la huida de Ficarra y el lugar donde fue encontrada la moneda.

Flanqueado por los habituales Lodico y Gammacurta, el delegado ve despuntar el alba con satisfacción. Está aterido. Poco después, cuando el sol da de lleno en la espesura que oculta la cueva, sus ramas son bruscamente apartadas y aparece, desperezándose, un hombre con pantalones y chaleco de fustán.

—¡Quieto! ¡No te muevas de donde estás! —grita desde abajo el delegado.

Tal como han acordado, Gammacurta, que es un tirador de primera, dispara un persuasivo tiro que le pasa rozando la cabeza.

El hombre, aterrorizado, levanta las manos.

—¡No disparéis! ¡Voy desarmado!

—¡Baja sin apartarte de nuestra vista! —le ordena Melluso.

El hombre inicia el descenso descalzo, agarrándose a piedras salientes y raíces nudosas que forman una especie de escalera. Por fin llega abajo jadeando.

—¿Eres Calcedonio Ficarra, llamado Ernesto?

—Sí, señor.

—¿Mataste tú a Cosimo Cammarota?

—¡Fue una desgracia, se lo juro! ¡Yo no quería matarlo! —grita Ficarra. Y ríe.

—Eso explícaselo al juez. ¿Y quieres decirme qué es lo que te parece tan gracioso como para echarte a reír?

—¡Pero si yo no me río! ¡Es un tic nervioso!

—¿Dónde está la moneda?

—En el bolsillo pequeño de la chaqueta.

—¿Y dónde está la chaqueta?

—Dentro de la cueva, con los zapatos.

No es prudente mandar a Ficarra, pese a que no tiene escapatoria. Le toca a Gammacurta encaramarse.

El agente desaparece al otro lado de la espesura y reaparece con un par de zapatones en una mano y una chaqueta mugrienta en la otra.

—Comprueba si la moneda está en el bolsillo pequeño —le ordena desde abajo el delegado.

Gammacurta deja los zapatos y mete dos dedos en el bolsillo.

—¡Aquí no hay nada!

—Pues yo la puse ahí —dice Ficarra.

El súbito bofetón del delegado le hace tambalearse.

—¿Seguro?

—¡Se lo juro!

Entre tanto, Gammacurta ha sacado el forro del bolsillo.

—¡Lo que sí que hay es un gran agujero!

—Entonces, debe de haber caído en el forro interior —conjetura Melluso—.

¡Mira a ver!

—¿Qué debo mirar? El forro está todo descosido.

—¡Mira en los otros bolsillos!

—No hay nada.

Esta vez es un puñetazo. En la boca del estómago. Ficarra, riendo, se dobla por la cintura a causa del dolor.

—¡Dime dónde la has escondido o te vas a enterar!

—¡Pero si yo no la he escondido! —gime Ficarra—. Se habrá caído en la cueva.

—Mira a ver si ha caído al suelo dentro de la cueva —ordena el delegado a Gammacurta.

—¡Dentro hay muy poca luz! —protesta el agente—. Haría falta una antorcha.

—Yo tengo tres —dice Lodico.

—¿Dónde?

—En las alforjas de la montura.

—Ve a buscarlas —dice, resignado, Melluso.

Para llegar a los caballos, Lodico necesita unos diez minutos, y otros tantos para volver.

Pese a todo, encuentran la moneda horas después, cuando la última antorcha está a punto de apagarse y los tres hombres han perdido ya las esperanzas.

Cuando el doctor Gibilaro se entera de esta última proeza de la pequeña Akragas, la interpreta como una confirmación de su teoría sobre la voluntad de la moneda de desaparecer para siempre.

—¿Y ahora dónde está?

—En la caja fuerte del juez instructor, el *dottore* Gerratana.

—¿Ahí está segura?

—Por supuesto. Pero, querido doctor, debo decirle que Ficarra ha contado una versión diferente de la suya.

—¿Cuál?

—Que usted vio la moneda y, después de que Cammarota le dijera que se la regalaba, cuando se disponía a cogerla de las manos de éste, la emoción le hizo caer del caballo. Esa reacción suya es lo que convenció a Ficarra de que la moneda valía bastante. Parece que hay un testigo, un tal Antonio Prestia. ¿Qué hago, lo convoco o se decide de una vez por todas a contármelo usted de cabo a rabo?

El doctor Gibilaro se libera por fin de un peso que le oprimía el corazón y le cuenta lo que pasó.

—Perdone, pero ¿por qué no me dijo la verdad desde el principio?

—No quería ponerle a Prestia entre las manos, es una buena persona.

—Vaya, pues gracias por la confianza —replica Melluso, ofendido.

10. Periodistas y abogados

En su momento, el corresponsal local del *Giornale dell'Isola* mandó a Palermo un artículo de tres páginas con la noticia del asesinato de Cosimo Cammarota, que le publicaron reducido a apenas cinco líneas en la sección de sucesos de provincias.

Otras tantas le son reservadas más tarde para el relato del complicado arresto del asesino.

Por eso su rabia no tiene límites cuando ve que dicho periódico dedica nada menos que media página, y no en la sección de sucesos, a un artículo del corresponsal de Agrigento en el que éste explica el móvil del homicidio de Cammarota: según fuentes de la Jefatura Superior de Policía, el campesino se encontró casualmente en posesión de una moneda de inmenso valor, única en el mundo, conocida como la pequeña Akragas, y Ficarra cometió el homicidio para apoderarse de ella.

Resumiendo, en esa época los numismáticos no son muchos y se conocen todos.

La noticia llega a oídos del *commendator* Filiberto Montesconi, quien desde hace años escribe una columna de numismática y filatelia en el diario italiano de mayor tirada, que se publica en Milán.

Montesconi se apresura a informar al jefe de redacción de que esa historia, en caso de confirmarse, podría ser de interés incluso mundial. El jefe de redacción habla del asunto con el director en persona.

Y así es como un buen día Evaristo Borlenghi, conocido enviado especial del diario, se presenta, nada más llegar de Milán, ante el delegado Melluso para hacerle algunas preguntas.

El delegado se lo cuenta todo, no tiene nada que ocultar, y después se lo quita de encima enviándolo a ver al doctor Gibilaro, «a quien el pobre Cammarota quería regalarle la moneda».

—¿Por qué quería regalársela?

Es una de las primeras preguntas que Borlenghi le hace a Gibilaro.

—Creo que por un erróneo sentimiento de agradecimiento —responde este último, y le cuenta la historia de la pierna.

—¿Por qué erróneo?

—Porque yo no hice más que cumplir con mi deber.

—Pero ¿la habría aceptado?

—Creo que sí. Es más, estaba a punto de cogerla cuando me caí del caballo. Pero me las habría arreglado para que Cammarota aceptase a cambio una considerable suma.

—¿Cuánto?

—Oiga, mire, esto es hablar por hablar.

—¿Por qué?

—Porque hay un heredero al que le corresponde la moneda de pleno derecho.

—¿Y quién es el heredero?

—El hijo de Cammarota, encarcelado por homicidio.

El artículo de Borlenghi se publica dos días después y causa un gran revuelo. Los numismáticos están entusiasmados, el descubrimiento es sensacional, la noticia da la vuelta al mundo.

Pero la verdadera noticia bomba es lo que sale a la luz en el artículo siguiente. Borlenghi ha conseguido que le den permiso para visitar en la cárcel al preso Pietro Cammarota y entrevistarlo.

Cuenta el periodista que, según la propia confesión del preso, los tres años que lleva en la cárcel lo han cambiado profundamente, que ahora es consciente del verdadero horror del delito que cometió, que ha aprendido a leer y escribir, que se ha acercado a la religión, que el asesinato de su padre le ha conmocionado hasta el punto de hacerle pasar largas noches rezando entre lágrimas por la salvación del alma del homicida, Ficarra. A la pregunta final sobre qué piensa hacer con la moneda una vez que esté en posesión de ella, ha respondido sin la menor vacilación:

—Regalársela al doctor Gibilaro, tal como quería mi padre. Le he pedido a un abogado, el señor Murmura, que lleve a cabo los trámites necesarios.

Borlenghi es un magnífico periodista, tiene un olfato infalible. Durante la conversación con Pietro Cammarota, ha descubierto que éste tiene una hermana, Rosalia, que trabaja como sirvienta en casa del señor Scozzari, abogado.

Consigue reunirse con ella en el despacho de quien la ha contratado. Sólo que Rosalia, aparte del saludo inicial, no vuelve a abrir la boca durante todo el encuentro. El que habla sin parar es Scozzari.

—Dado que Augusta, mi esposa, y yo consideramos a Rosalia como una hija...

La tesis del abogado es sencilla. Pietro Cammarota no puede heredar la moneda, puesto que está condenado a cadena perpetua. De hecho, en el fallo de la sentencia, que le muestra a Borlenghi, se dice que todas sus posibles propiedades presentes o futuras deben ser confiadas a un tutor, el cual puede disponer de ellas a su voluntad. En el fallo también se dice que el tutor designado es su hermana, Rosalia.

—Y éste es el documento donde Rosalia me otorga poderes a mí para actuar en su nombre —concluye el abogado, poniéndole el papel ante los ojos.

—¿Y cuál es su postura?

—¿En qué sentido?

—¿Está usted dispuesto a regalarle la moneda al doctor Gibilaro?

—Hago constar que Rosalia no tiene ningún motivo de agradecimiento hacia el doctor Gibilaro —afirma con sequedad Scozzari.

Esta última frase no gusta a los lectores del diario italiano más difundido. Decenas y decenas de cartas llegan a la redacción. El condenado redimido, que, desde el fondo de una celda donde su cuerpo se consume, envía un mensaje tan elevado de

espiritualidad y de fe, basado en los valores de la familia, ha conmovido a la opinión pública.

Rosalía y el abogado Scozzari resultan figuras mezquinas y antipáticas. En el fondo, escribe un lector, tampoco Pietro Cammarota tenía motivos de agradecimiento hacia el doctor Gibilaro, y sin embargo...

—¡No dejaremos que la noble voluntad del difunto Cammarota, expresada en presencia de dos testigos que la han confirmado, se vea frustrada! —proclama el abogado Murmura.

Y el doctor Gibilaro, ¿qué piensa del asunto?

—Yo me someto a lo que decida hacer la moneda.

Declaración sibilina que la mayoría interpreta como un golpe de ingenio.

El corresponsal agrigentino del *Giornale dell'Isola* consigue tomarse una revancha, aunque sea momentánea, en relación con el protagonismo de su colega Borlenghi. Habiéndose personado a primera hora de la mañana en la Jefatura Superior de Policía para informarse de los sucesos que se han producido la noche anterior, se entera de una noticia que debería haber permanecido en secreto: unos ladrones han entrado en los juzgados y robado no se sabe qué.

Acude inmediatamente a los juzgados, pero allí nadie suelta prenda. Por fin consigue obtener una información precisa a través de un primo suyo que es funcionario de justicia. Han descerrajado la caja fuerte del despacho del juez instructor Gerratana y robado todo su contenido. Y todo el mundo sabe que el juez guardaba allí la famosa moneda.

Lo que significa...

Il Giornale dell'Isola publica un titular a seis columnas: «Ha desaparecido el motivo del litigio: unos desconocidos han robado la pequeña Akragas».

El doctor Gibilaro lee el artículo a la vuelta de su ronda matutina, antes de empezar a comer. Rompe a reír, el agua que está bebiendo se le atraviesa y acaba atragantándose.

Borlenghi entrevista a Gerratana, que se muestra muy evasivo:

—El hecho de la desaparición o no desaparición de la moneda no influye en el procedimiento en curso contra Calcedonio Ficarra, llamado Ernesto.

—Señor juez, yo me refería a la cuestión de la herencia. Usted sabe que actualmente hay una controversia entre Pietro Cammarota y su hermana, Rosalía. Si la moneda ha desaparecido...

—En tal caso, se dirige usted a la persona equivocada. A mí no me corresponde entrar en esa cuestión. No puedo, por lo tanto, pronunciarme. En cualquier caso, aun suponiendo que la moneda hubiera desaparecido, creo que eso es irrelevante para la controversia.

—¿Cómo que irrelevante? Sin el objeto de litigio, ¿qué sentido tendría éste?

—Prácticamente ninguno. Desde el punto de vista jurídico, en cambio, tendría mucho. Por eso, a título personal, invitaría a los abogados a no desistir.

Borlenghi está convencido de que el juez no se lo ha contado todo. Por eso titula el artículo: «¿Qué oculta el juez Gerratana?». Es la misma pregunta que el doctor Gibilaro le formula al delegado Melluso.

—El juez es muy astuto —responde este último sonriendo.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo hablar.

—Me diga lo que me diga, le prometo que no lo revelaré.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Pregúnteme usted, será mejor.

—¿Han robado la moneda?

—No.

—¿Se encuentra todavía en los juzgados?

—No.

—¿Dónde está?

—En una caja de seguridad de la sucursal del Banco de Italia. El juez, al ver que se armaba tanto revuelo con el asunto de la moneda, la depositó allí. Y parece ser que hizo bien.

El doctor Gibilaro no está muy de acuerdo. En el fondo de su corazón, habría preferido que unos desconocidos robaran la moneda y, de ese modo, no haber oído hablar más de ella.

Al juicio contra Ficarra prácticamente sólo asiste el corresponsal agrigentino del *Giornale dell'Isola*. No le interesa a nadie; la atención de todos está centrada en los artículos que Borlenghi continúa enviando a su periódico. Tanto más cuanto que ha hecho una propuesta realmente original a los abogados Murmura y Scozzari.

La propuesta parte del supuesto de que la pequeña Akragas ha sido robada. En consecuencia, ¿qué sentido tendría una causa civil entre las partes por una herencia inexistente? ¿No sería mejor someter la cuestión a un jurado de ciudadanos honorables que emitiera un juicio vinculante incluso en el caso de que la moneda apareciese?

Borlenghi no da nombres, pero propone a un jurista de prestigio, un alto prelado, un honrado padre de familia, un presidente de tribunal retirado y un profesor universitario experto en derecho sucesorio. El periódico milanés, de acuerdo con el diario de la isla, organiza una consulta: «¿Qué nombres propone para el jurado de ciudadanos honorables?». Los abogados Murmura y Scozzari al principio se escabullen, se inclinan por el no, pero cuando Borlenghi les informa de que sus alegatos ante el jurado, siempre y cuando no superen los tres cuartos de hora cada

uno, serán publicados íntegramente en el periódico más difundido de Italia, cambian por completo de parecer.

¿Cuándo habrían podido soñar unos desconocidos abogados de provincias como ellos con tener una oportunidad así?

Los miembros del jurado son elegidos por los lectores en un tiempo récord. En la primera reunión, fielmente narrada por Borlenghi, formulan una especie de código interno. En la segunda sesión escuchan al abogado Murmura; en la tercera, al abogado Scozzari. El jurado celebra tres sesiones más para emitir su sentencia. El artículo de Borlenghi, entusiasta, se titula: «¡Se ha hecho justicia! ¡Respetada la voluntad del difunto! La valiosa moneda es asignada al doctor Gibilaro».

La condena a cadena perpetua —coincidente en el tiempo— de Calcedonio Ficarra, llamado Ernesto, pasa prácticamente inadvertida.

Borlenghi dedica el último artículo que escribe sobre el asunto a revelar que finalmente nadie había robado la moneda y que la autoridad judicial, representada por el magistrado Gerratana, se la ha entregado al doctor Gibilaro.

Hay un detalle que Borlenghi no escribe porque no tiene conocimiento de ello.

El mismo día que recibe la pequeña Akragas, el doctor Gibilaro va a la sucursal del Banco de Italia de Agrigento, acompañado del delegado Melluso, y deposita la moneda en una caja de seguridad. En su colección sólo conservará una réplica en cera.

11. El *deus ex machina*

Transcurre más de un año. En abril de 1911, de la moneda y las vicisitudes relacionadas con ella ya no se acuerda nadie, ni siquiera en el pueblo. Todo ha caído rápidamente en el olvido.

Otros hechos, otros acontecimientos ocupan las páginas de los periódicos. Hay cierta inquietud en la política internacional que quizá desemboque en abiertas contiendas.

Pero cuantos más días pasan, más descontento está el doctor Gibilaro con la situación. Le parece que tener la moneda encerrada en la oscuridad de una caja de seguridad y negarle la pública admiración que merece significa infligirle una grave ofensa. No obstante, por otra parte, no se atreve a sacarla de allí. Por no querer asumir el riesgo de un robo, su colección es demasiado pobre; la moneda estaría totalmente fuera de lugar.

Y además experimenta una indefinible sensación de no pertenencia a la pequeña Agragas. Cuando tiene un poco de tiempo libre, va a Agrigento, al Banco de Italia, abre la caja de seguridad, coge la moneda y allí, entre sus manos, la mira largamente.

Es suya, pero sabe que en el fondo no le pertenece. Del mismo modo que él tampoco pertenece a la moneda. No ha logrado hacerla suya. Esa moneda está atravesando como un meteoro su vida, pero siente íntimamente que nunca formará parte integrante de ella.

Una sensación que a veces raya en lo ajeno.

En estas condiciones de creciente desazón, un día, el 12 de junio en concreto, llama a la puerta de su casa, mientras está durmiendo la siesta, un mensajero de la Prefectura Real de Agrigento que le lleva una carta «reservada y personal» del prefecto, Su Excelencia Michele Staderini.

En la carta, cortés y breve, se invita al doctor Stefano Gibilaro a una entrevista privada con el prefecto para el día siguiente, a la hora que el propio doctor desee establecer.

El doctor le dice al mensajero, que ha permanecido erguido en la puerta en espera de la respuesta, que se presentará en la prefectura al día siguiente a las tres de la tarde.

Paciencia, se saltará la siesta; pero no le apetece que una convocatoria en la prefectura, por extraordinaria que sea, le haga descuidar sus deberes de médico titular. Ni siquiera siente curiosidad por el motivo, quizá porque lo intuye: algún contencioso entre el ayuntamiento y unos pocos ciudadanos, pero que afecta a la salud de todos los vigateses.

El prefecto lo recibe sin hacerle esperar. Ya han tenido ocasión de conocerse con anterioridad.

—Voy directo al grano para no hacerle perder su precioso tiempo.

—Se lo agradezco, Excelencia.

Sin embargo, en el momento de ir al grano, Su Excelencia parece sentirse un tanto incómodo. Carraspea. Aparta un pisapapeles. El doctor aguarda, paciente.

—He recibido una inesperada carta del jefe de protocolo de Su Majestad —dice por fin.

—¿Su Majestad quién? —pregunta el doctor, totalmente desconcertado. Pensaba que habían requerido su presencia por un problema de alcantarillado.

—¿Cómo que quién? ¡Su Majestad Víctor Manuel III! ¡Nuestro rey! —exclama entre sorprendido e indignado Su Excelencia.

—Pido perdón —se apresura a rectificar el doctor.

—En esa carta —prosigue el prefecto— se me pide que me encargue de solicitarle que conceda una breve entrevista a una persona a la que Su Majestad enviaría expresamente desde Roma, dejándole a usted plena facultad para determinar el día y la hora.

El doctor está confundido.

—¿Debo ser yo quien...?

—Exacto. Pero tenga presente que, calculando el tiempo para que llegue mi respuesta y que la persona designada por Su Majestad viaje desde Roma hasta aquí, el encuentro no podrá tener lugar antes de la próxima semana.

—Hoy es miércoles. ¿Está bien el jueves de la semana que viene? —sugiere el doctor.

—Informaré de ello y le haré saber la respuesta. En lo que se refiere al lugar, me permito sugerir que sea aquí, en la prefectura.

—De acuerdo.

—¿Y en cuanto a la hora?

—Pongamos a las tres, como hoy.

—Perfecto. Tanto más cuanto que el enviado de Su Majestad se alojará aquí, en la hospedería.

No puede tratarse más que de la pequeña Akragas.

El doctor conoce la pasión numismática del rey, que comenzó a los seis años, cuando su gobernanta irlandesa le regaló un sueldo de Pío IX, y continuó cuando su preceptor, el teniente coronel Egidio Osio, numismático, lo animó a hacer una colección sistemática. Sabe asimismo que, en el momento actual, Su Majestad posee una imponente colección de aproximadamente sesenta mil piezas.

Sin embargo, es del dominio público que se trata de una colección circunscrita a monedas italianas. Cuando le regalan una moneda griega o latina, el rey la vende o la

regala a su vez. Coleccionar monedas griegas o latinas comporta estudiar la historia de esos pueblos e incluso adquirir los conocimientos necesarios para leer las inscripciones en su lengua, y Su Majestad siente desde jovencito una fuerte aversión por los estudios clásicos. Así pues, ¿qué motivo podría tener para interesarse por la pequeña Akragas? Es inútil hacerse preguntas, basta con tener paciencia durante unos días.

Al igual que la vez anterior, el prefecto lo recibe de inmediato. No está solo. Con él se encuentra un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, bastante elegante y de porte claramente militar, pese a que va vestido de paisano. Su Excelencia los presenta.

—El doctor Stefano Gibilaro. El general marqués Giustino di San Lorenzo, gentilhombre de corte.

Este último hace chocar los tacones, inclina la cabeza, la levanta, le tiende la mano al doctor y se queda mirándolo, estupefacto.

—Pero...

El doctor tampoco sale de su asombro. Abre y cierra la boca sin acertar a decir nada.

—¡Dos gotas de agua! —exclama el prefecto.

Y así es. El doctor y el marqués parecen gemelos, el parecido es impresionante.

—Perdone, pero ¿usted cuándo nació? —pregunta el marqués.

El doctor le dice el día, el mes y el año.

—¿Sabe? —añade, sonriendo, el marqués—, yo soy mayor que usted. Apenas dos días.

Los tres se echan a reír.

Situaciones así, o bien crean una incomodidad insostenible, o bien se resuelven con una gran carcajada. De repente, en el despacho del prefecto la atmósfera se ha vuelto menos formal.

—He mandado preparar un saloncito donde podrán hablar con toda tranquilidad —dice el prefecto.

Lo siguen. Antes de dejarlos solos, el prefecto indica un cordón que cuelga al lado del sofá.

—Cualquier cosa que necesiten...

—¿Usted fuma? —pregunta el marqués, sacando del bolsillo dos largos cigarros.

—No, gracias.

—Yo sí. —Enciende uno—. Permítame una pregunta más. ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—Sí, tengo uno. Estudia medicina en Palermo.

—Yo tengo dos, un chico y una chica. —El marqués hace una pausa mientras saborea el cigarro—. No había tenido ocasión de visitar Sicilia hasta ahora —dice de pronto.

—¿Cómo ha venido?

—Embarqué en una corbeta militar en Nápoles. Y el trayecto de Palermo a Agrigento lo he hecho en coche. Desgraciadamente, he atravesado vastas zonas sin cultivar. ¡Una lástima! Ese abandono perjudica a la tierra. ¡Y es un desperdicio inconmensurable!

—Verá, son los grandes latifundistas los que...

—Conozco el problema. Yo pertenezco, ¿cómo lo diría?, a la nobleza campesina. Tengo viñedos. Y produzco un vino aceptable.

—Aquí también hay viñedos.

—Me gustaría comparar nuestros sistemas de..., en fin, poder hablar con alguien que se ocupe directamente de ellos.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Pues... dos o tres días.

—Si mañana por la mañana quiere venir conmigo... Yo empiezo al amanecer mi ronda, voy a ver a mis enfermos del campo que no pueden moverse de sus casas...

Lo ha dicho sin pensar, porque es como si conociera de toda la vida al hombre que tiene enfrente. Por otra parte, se parecen tanto...

—¡Estaré encantado! Se lo agradezco —dice el marqués. Y se sonríen—. Y ahora paso al motivo de mi viaje aquí, que muy probablemente usted ya habrá intuido.

—Creo que sí. ¿La moneda akragantina?

—Exacto. Como sin duda sabe, Su Majestad sólo está interesado en las monedas italianas.

—Precisamente me preguntaba por qué...

—Se trata de una curiosidad puramente estética, sin otra finalidad. Se ha hablado mucho de esa moneda, al parecer única en el mundo, y Su Majestad querría simplemente verla. Tenerla en las manos durante unas horas y después devolvérsela.

—Nada que objetar. Pero ¿cómo...?

—Habría una solución. Y debo decirle que ha sido idea de Su Majestad.

—Dígame.

—Usted me entrega la moneda y yo se la llevo a Su Majestad. Al día siguiente, yo mismo haré el viaje a la inversa para devolvérsela.

El doctor abre la boca, pero el marqués lo detiene con un gesto de la mano.

—Perdone, no he terminado. Por supuesto, he venido escoltado y viajaré en todo momento con la escolta. Se lo digo para su tranquilidad. Pero, aparte de eso, en el momento de la entrega de la moneda, depositaré a su nombre en el Banco de Italia de Agrigento una fianza de... pongamos cincuenta mil liras, o la suma que usted diga, de la que podrá disponer en caso de no devolución. Dicha fianza se cancelará, como es natural, cuando la moneda sea restituida. No hace falta que me dé una respuesta ahora. No hay prisa. Mañana me la dará. Consúltelo con la almohada, como suele decirse.

—No necesito esperar a mañana —dice el doctor—. Mi respuesta es sí. Pero con una condición.

—Le escucho.

—No quiero la fianza.

—En cuanto le he conocido —dice el marqués—, sabía que rechazaría la fianza. Pero no tengo más remedio que insistir.

—Yo también.

—Tenga en cuenta, doctor, que Su Majestad lo ha puesto como condición *sine qua non*. Si usted rechaza la fianza, yo tengo la orden taxativa de volver a Roma con las manos vacías. Su Majestad se sentiría muy desilusionado.

—Está bien —dice el doctor de mala gana.

—Se lo agradezco. Por descontado, se lo contaré todo a Su Majestad, le hablaré de su gran caballerosidad. Y ahora que hemos resuelto el problemilla, ¿cómo quedamos nosotros dos?

12. Como en un cuento

A las cinco en punto, el marqués se presenta ante el portón de la casa del doctor. El hombre que lo acompaña baja del caballo y llama. El doctor se asoma a una ventana:

—¿Quiere subir a tomar un café?

—Si no es molestia, encantado.

'Ndonò se ha empeñado, no ha habido manera de hacerla cambiar de idea. «¡Si se parece tanto a ti, quiero conocerlo!»

El marqués despide a su acompañante y el doctor baja a abrirle la puerta. 'Ndonò se presenta vestida como para las grandes ocasiones, pero se queda manifiestamente turbada al ver al marqués, tanto que no vuelve a abrir la boca. El golpe de gracia se lo ha dado el propio invitado, el cual, elegantísimo con su atuendo de caza, le ha hecho un besamanos de manual. Los dos hombres salen después de haberse tomado el café. El doctor va a buscar su caballo; el marqués monta en el que le han facilitado en la prefectura.

El día es soleado, caluroso, radiante. Tras llevar un rato cabalgando, sale de nuevo en la conversación la pequeña Akragas. En realidad, quien ha sacado el tema es el marqués, que desea garantizarle una vez más al doctor que, mientras esté en sus manos, la moneda no correrá ningún peligro de desaparecer.

—No esté tan seguro... No hay que descartar que lo intente —dice el doctor.

—¿Quién? —pregunta el marqués.

Y entonces el doctor, vaya usted a saber por qué, o quizá porque aquel hombre se le parece tanto que podría ser su hermano, se confía a él, le revela que tiene la absurda impresión de que la moneda está como dotada de voluntad propia. Como si, no encontrando un acomodo a su gusto, tratara continuamente de desaparecer de nuevo bajo tierra. Y en vista de que el marqués no sólo no hace ningún comentario irónico sobre su teoría, sino que incluso la escucha con suma atención, le confiesa también que tal vez por eso no consigue sentir que la moneda sea enteramente suya.

El marqués da una desconcertante réplica a tal confidencia:

—Lo comprendo perfectamente. A mí me ocurrió algo similar.

—¿Con una moneda?! —pregunta, estupefacto, el doctor.

—No, con mi hija Adelaide. Era mía, la quería, pero en mi fuero interno sabía que nunca me pertenecería del todo. Sería, como es justo y natural que sea, y como ha sido, del hombre del que se enamorara y al que le daría hijos.

El doctor deja al marqués en la finca de don Minico Savasta, que tiene viñedos y produce vino. Don Minico se siente dichoso de hablar con un piemontés que entiende de vides. Tanto más cuanto que llega en el momento oportuno: es la época de la poda

en verde, del chapodado, del delicado espaciamiento de los racimos. El doctor pasará a recogerlo cuando termine su ronda.

—Gracias por esta espléndida mañana —dice el marqués a su regreso, a mediodía—. He paseado por los viñedos de don Minico y he aprendido muchas cosas.

Durante el camino de vuelta a Vigàta, el marqués hace muchas preguntas sobre Pietro Cammarota y la familia del hombre al que Pietro mató.

—Yo creo —dice el doctor, tras haber respondido de forma exhaustiva— que el jurado cometió un grave error asignándome la moneda.

—¿Por qué?

—Porque habría sido más justo dársela a los herederos, y obligarles a venderla y donar la mitad de lo obtenido a la familia del hombre al que Pietro asesinó, familia que vive en la más absoluta indigencia. Y ése es también mi tormento: tener la moneda y no poder hacer nada por esa pobre gente.

El marqués no hace ningún comentario.

Al día siguiente se reúnen a las nueve de la mañana delante del Banco de Italia. El marqués va escoltado por dos hombres vestidos de paisano. El doctor abre la caja de seguridad, saca la moneda, la mete dentro de una cajita que ha llevado consigo y que contenía sus gemelos de oro, y se la entrega al marqués, el cual extrae a su vez del bolsillo el resguardo de la fianza y se lo da al doctor.

Salen del banco y se estrechan efusivamente la mano.

—Nos veremos la próxima semana —dice el marqués—. Y se lo ruego: que nadie se entere de lo que he venido a hacer aquí.

Sin embargo, la historia del misterioso general piemontés, que además es marqués y está en contacto directo con el rey, y por si eso fuera poco es la viva estampa del doctor Gibilaro, se propaga en menos de veinticuatro horas por toda Vigàta.

Ha sido don Minico el que lo ha contado todo, asombrado, más que nada, por el increíble parecido entre los dos. ¿Y si fueran, si no hermanos, hermanastros? El doctor Gibilaro nació en Vigàta, es verdad, pero, en el fondo, ¿qué se sabe de su padre, un hombre que era de Palermo y que en su juventud vivió bastante tiempo en Turín? ¿Acaso no había vuelto allí algunas veces? ¿Y no había sido un hombre atractivo que volvía locas a las mujeres? Entonces, ¿qué? ¿Cuánto suman dos más dos? Cuatro. Por supuesto, se elaboran otras conjeturas. Que el padre del doctor era en realidad un hijo espurio del marqués padre del que ha venido a Vigàta... Que la madre del doctor, cuando, siendo muy joven, había tenido que acompañar a su marido a Turín...

—¿Me cuenta la verdad sobre esta historia? —le dice el delegado Melluso al doctor, una noche que están paseando por el muelle.

—Accedo a contársela, pero sólo a usted. Tiene que prometerme que no se lo dirá a nadie.

El doctor Gibilaro se lo cuenta todo.

—¿Y es verdad lo del parecido?

—Ya lo creo, es asombroso.

—Corren tantos rumores por el pueblo...

—Me han puesto al corriente de todos... La hipótesis a la que se da más crédito es que somos hermanastros. Pero eso es imposible. Verá, el marqués nació dos días antes que yo, y entonces hacía ya dos años que mi padre no iba a Turín.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—He revisado la correspondencia comercial y personal de mi padre, que todavía conservo.

El delegado se detiene y lo mira.

—¿Tenía alguna duda?

El doctor sonríe, pero no le responde.

—Entonces, dígame, ¿qué explicación tiene? —insiste Melluso.

—¿Qué necesidad hay de explicárselo, amigo mío?

Una semana después, a la vuelta de su ronda, el doctor encuentra en casa una nota del prefecto en la que le dice que el señor marqués ha regresado y lo espera a las tres en la prefectura.

Cuando se encuentran cara a cara, el doctor y el marqués, instintivamente, se abrazan como dos viejos amigos. Después, un tanto azorados, se apartan el uno del otro. El prefecto no oculta su estupefacción. ¿Será verdad el rumor que ha llegado hasta sus oídos, según el cual son hermanastros?, se pregunta. Los acompaña al saloncito de siempre y se va. El marqués está visiblemente cansado.

—¿Su esposa está bien? —pregunta.

Una vez finalizado el intercambio de formalidades, saca la cajita, la abre y deja que el doctor vea en su interior la pequeña Akragas, pero, en lugar de entregársela, la deja sobre la mesa.

—Su Majestad ha apreciado mucho su caballerosa cortesía y le da las gracias.

El doctor no sabe qué decir y, sentado, se limita a inclinar ligeramente el torso.

—Una cosa —continúa el marqués—. Hoy ya no tendrá tiempo de ir a guardar la moneda en la caja de seguridad, ¿verdad?

—Creo que no.

—Entonces déjela un poco más de tiempo en mis manos. Aquí, en la prefectura, no corre peligro.

—De acuerdo.

—¿No es demasiada molestia para usted, si mañana lo acompaño en su ronda? He traído dos botellas de mi vino, una para usted y otra para don Minico.

El semblante del doctor se ilumina.

—¿Molestia? ¡En absoluto!

Ha comprendido que el marqués quiere hablarle de algo y que prefiere hacerlo mientras cabalga a su lado, sintiendo el aire cortante del amanecer.

El marqués, tan puntual como la vez anterior, se presenta a las cinco vestido con indumentaria de caza. Pero esta vez ha ido solo, ya sabe el camino. Y se repite el ofrecimiento del café, con el correspondiente besamanos a una extasiada 'Ndonò. Un ofrecimiento que es correspondido con una botella del vino que produce el propio marqués.

Éste empieza a hablar en cuanto salen del pueblo.

—Deseo decirle que me he permitido tomar una iniciativa basándome en lo que usted tuvo a bien compartir conmigo la otra vez.

—¿Qué iniciativa?

—Hace algún tiempo, Su Majestad me concedió el honor de confiarme un problema que tenía... Digamos que quería corresponder a un diplomático extranjero con el que estaba en deuda... Perdone, no puedo decirle más. Dicho diplomático se ofendería si recibiera de Su Majestad, no sé..., una joya para su esposa... Había que encontrar algo no venal, pero al mismo tiempo de elevadísimo valor... Por eso se me ocurrió proponerle a Su Majestad comprar su moneda y regalársela a esa persona. Espero que me disculpe si...

—No tiene necesidad de pedir disculpas. ¿Qué le respondió Su Majestad?

—Tuvo la bondad de agradecer mi propuesta. —El marqués enciende un cigarro y, tras la primera bocanada, toma de nuevo la palabra—. Si está usted de acuerdo, bastará con que me diga cuánto..., en fin, qué cantidad pide... Piénselo. Yo tengo intención de marcharme mañana por la tarde.

El doctor se queda un rato en silencio. Intuye que la historia está tocando a su fin. Que quizá era eso lo que la pequeña Akragas deseaba.

—Ya está decidido —dice de repente, con voz firme—. Llévese la moneda. Pero no quiero ni un céntimo a cambio.

El marqués rompe a reír.

—¡Su Majestad previó esa respuesta! Me dijo: «Un tipo así, ya verá como no quiere un céntimo». Le propongo una alternativa.

—¿Cuál?

El marqués se la dice. No toda; la parte que afecta de manera directa al doctor se la calla.

Mientras lo escucha, al doctor le parece estar viviendo en un cuento. No obstante, como nadie debe enterarse de que le regala la moneda al rey, se ponen de acuerdo para ir al día siguiente al banco y que el doctor deposite en la caja de seguridad la cajita vacía.

Un mes y medio después, al preso Pietro Cammarota le es concedido el indulto por iniciativa de Su Majestad Víctor Manuel III, rey de Italia. Dos meses más tarde, también el rey Víctor Manuel III concede *motu proprio* una renta vitalicia a Saverio Bonavia, hijo del hombre asesinado por Pietro Cammarota.

En el pueblo todo son rumores. Nadie se explica el interés del soberano por los asuntos vigateses.

Al cabo de tres meses, el doctor Stefano Gibilaro es nombrado, ante su enorme estupor, Gran Oficial de la Corona de Italia por «altos méritos civiles».

A partir de ese momento todos relacionan el interés de Su Majestad con la visita del misterioso marqués al doctor Gibilaro, el cual, para huir del acoso de sus paisanos, se ve obligado a escapar con 'Ndonò a Palermo e instalarse en casa de su hijo.

Y una noche, en el Círculo, el delegado Melluso, previa autorización del doctor, cuenta a los socios, pendientes de sus palabras, la «verdad» de los hechos, a fin de que todo el pueblo la conozca y el doctor pueda volver tranquilamente a Vigàta.

—Amigos míos, de lo que voy a decirles he tenido conocimiento accediendo a documentos reservados, por lo que les ruego la máxima discreción. Los que supusieron que el doctor Gibilaro y el marqués general Giustino di San Lorenzo eran hermanastros acertaron. Las cosas sucedieron como voy a contarles.

»Hace más de cinco décadas, un apuesto joven de veinticinco años conoció a una encantadora condesita en una recepción. La joven era ya esposa del marqués Alessandro di San Lorenzo. Pese a ello, la pasión entre ambos surgió, impetuosa, irrefrenable, y...

El origen de esta historia es una crónica, o leyenda, familiar, según la cual un pariente lejano nuestro que era médico y numismático —lejano también en el tiempo— se cruzó un día con un campesino que le mostró, para regalársela, una pequeña moneda de oro que había encontrado mientras cavaba. El médico la reconoció al instante: era la fabulosa pequeña Akragas. Al ir a cogerla, cayó del caballo y se rompió una pierna.

También según la crónica, o la leyenda, el doctor le regaló más tarde la moneda al rey Víctor Manuel III, que había mostrado interés en ella, y recibió a cambio el título de Gran Oficial.

Todo lo demás me lo he inventado yo de principio a fin (con excepción, se entiende, del terremoto de Mesina), incluidos los nombres de los personajes. Aunque sólo después de que Eileen Romano, a quien doy las gracias, me hubiera asegurado, como resultado de sus investigaciones, que en cierto modo la historia que había oído contar en mi familia podía no ser pura leyenda.

A. C.

Bibliografía

Boatti, G., *La terra trema*, Milán, 2004.

Bonacasa, N., L. Braccasi y E. de Miro (eds.), *La Sicilia dei due Dionisî*, Actas de la Semana de Estudio, Agrigento, 24-28 de febrero de 1999.

Braccasi, L. y E. de Miro (eds.), *Agrigento e la Sicilia Greca*, Actas de la Semana de Estudio, Agrigento, 2-8 de mayo de 1988.

Kraay, C. M., *Greek Coins*, Londres, 1966.

Manganaro, G., «Darici in Sicilia e le emissioni auree delle poleis siceliote e di Cartagine nel viii sec. a. C.», *Revue des Études Anciennes*, t. XCI, 1989.

Rutter, N. K., *The Greek Coinages of Southern Italy and Sicily*, Londres, 1997.

Travaini, L., *Storia di una passione. Vittorio Emanuele III e le monete*, Roma, 2005.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Sicilia, 1925). Fue guionista y director de teatro y televisión. En 1978 publicó la novela *El curso de las cosas*, a la que siguieron, entre otras, *Un hilo de humo* (1980), *La temporada de caza* (1992), *El movimiento del caballo* (1999), *La desaparición de Patò* (2000), *La pensión Eva* (2006), *Las ovejas y el pastor* (2007) y *La muerte de Amalia Sacerdote* (2008), con la que obtuvo el Premio RBA de Novela Negra. En 1994 publicó *La forma del agua*, la primera de una extensa serie de novelas sobre el comisario Montalbano, con el que obtuvo un gran éxito. Reconocido internacionalmente y traducido a más de veinte idiomas, sus libros sobre Montalbano le convierten en uno de los escritores de mayor éxito de la actualidad. En 2011 obtuvo el Premio Campiello y el Premio Chandler por toda su obra.



La moneda de Akragas

ANDREA CAMILLERI



Lectulandia

